

SAN VICENTE DE PAÚL Y LA CARIDAD

André Dodin

CEME, Salamanca, 1977

I.- EL SERVICIO TERRESTRE

A.- EL CUADRO TEMPORAL Y EL MEDIO ESPIRITUAL

Nacido en 1581, bajo el reinado de Enrique III, en Pouy, en las Landas, Vicente de Paúl vio sin duda a Enrique IV en París entre 1608 y 1670. Frecuentó a Richelieu y asistió a Luis XIII en su lecho de muerte. Fue familiar cuanto rodeaba a Ana de Austria, a Mazarino, al canciller Séguier. Conoció a todos aquellos que velaron sobre los primeros años del joven Luis XIV. Cuando el 27 de septiembre de 1660, dejó el Señor Vicente definitivamente a los suyos, el gran Rey tomaba en sus manos los destinos de Francia.

A los ojos del joven Vicente que ensayaba a ocupar un puesto en la sociedad, Francia no era lo que es actualmente. El reino de Enrique IV no comprendía sino 4/5 de los 90 departamentos actuales. Enclaves o señoríos extranjeros como el Condado Venasino, el territorio de Nevers, el de Flandes fracturaban reiteradamente su unidad física. La población, pese a la elevada cifra de niños, de 10 a 12 por familia, permanecía estacionaria. Oscilaba entre 17 y 20 millones de habitantes. La grey humana se defendía mal y era implacablemente diezmada por la mortalidad infantil. Además, las guerras y las epidemias, invariablemente escoltadas por el hambre, asolaban metódicamente todas las provincias. En este país, privilegiado sin embargo, se envejecía de prisa: la edad media se situaba entre los 20 y los 25 años. Los burgueses, mejor nutridos y más protegidos, alzaban la media de su edad hasta los 40 ó 45 años.

Se come poco y mal. La carne es un lujo. Las legumbres, la sopa, el pan de salvado (candeal y centeno sembrados y cosechados juntamente) para los campesinos, el pan de trigo o de centeno para los burgueses o los nobles, constituyen las minutas habituales. Es por lo (lema una necesidad. El ganado es insuficiente y la tierra, falta de abono, mal laboreada por los arados de madera, produce muy poco. Un año de cada dos se dejan las tierras en barbecho. En cuanto se declara una plaga, es invencible por razón de la pobreza de los medios de transporte. Por eso las epidemias y las hambres siegan hasta el 30 y el 40 % de la población de ciertas provincias.

A este ya sombrío cuadro, hay que añadir las ruinas de la guerra. Las tropas reales y los imperiales surcan las provincias donde cicatrizan mal las llagas de las guerras de religión. Lorena, Picardía y Champaña son entregadas al saqueo y un reportero imaginario, Jacques Callot, nos informa de los resultados espeluznantes de estas aventuras guerreras. Las guerrillas de las que habla poco la historia general no son menos nefastas. esporádicamente, desorganizan y empobrecen la población paralizando el trabajo. Antes de que pase sobre la capital un viento de Fronda, toda Lorena se agita confusamente. En 1633, los campesinos lioneses saquean los despachos aduaneros. En 1631, el pueblo de Rouen devasta la casa de los «Fermiers». Cinco años más tarde, en este mismo Rouen, son los

tintoreros y pañeros quienes toman por asalto la casa de Le Tellier, percibidor de las gabelas. Luis XIII y Richelieu enviarán al mariscal Gassion con 4.000 hombres para reducir a Caen y a Rouen a la obediencia. Pero en 1639, Normandía es recorrida aún por los va-nu-pieds. Las demás provincias, y en particular Limousin, Angoumois, Poitou, Gascuña, Périgord, no están quietas.

Este pueblo subalimentado, maltratado, y con frecuencia agitado, no puede alcanzar un elevado nivel cultural. 3/4 de la población masculina y 9/10 de la población femenina son completamente analfabetos. Traduzcamos: solos dos o tres millones de habitantes saben leer y escribir.

Semejantes condiciones económicas y culturales favorecen los cambios de, opinión rápidos y colectivos. En unas semanas, familias, poblados, señoríos, abandonan la fe católica o abjurán del protestantismo. Soliviantan a las poblaciones profetas ambulantes, mesías de pacotilla desencadenan el entusiasmo y se eclipsan lo más n menudo en un profundo olvido. Se multiplican los dramas y pánicos hechiceriles. Los simples creen con beatería en lo maravilloso, se intranquilizan por la posesión diabólica, quedarán fascinados ante un fenómeno insólito. Cualquiera que sea su objeto, el creer no desfallece en los medios rurales. Pueden violarse las leyes naturales, no se cuestionan. La gracia y la razón, las exigencias vitales y la presión del poder político se aúnan para mantener su valor práctico.

Lentamente, la fisonomía social de Francia evoluciona. La nobleza, primer orden de la nación, se extenua en facciones y pierde cada año 220 miembros en duelos. Financieramente, se empobrece y por eso, cuando el poder real se debilita, blande reivindicaciones que calmará de inmediato un poco de dinero. Apasionadamente, Richelieu se derrocha para reducirla. Da pábulo a una solidaridad nacional. Aleccionado y seducido por la prosperidad de España, de Inglaterra, de Holanda, hace todo lo que puede por favorecer el comercio y la marina. De agraria y feudal, Francia esta en trance de hacerse burguesa, capitalista y mercantil. Richelieu logra, como observa Victor Tapié, desbloquear y la Francia medieval y abrirle perspectivas muy amplias.

El segundo orden, el Clero católico, es en esencia el gran propietario del país. Dos tercios del territorio le pertenecen. Es él quien más generosamente financia las guerras religiosas. Esta gran potencia reúne 123 obispados. No hay menos de 152.000 iglesias o capillas y 4.000 conventos. Estimábase en 1660 que había 266.000 eclesiásticos, 181.000 religiosos o religiosas.

Aun así el nacimiento y el rápido progreso del protestantismo inquietaron al alto clero y a los «espirituales». En medio siglo, la «religión que se pretendía reformada» conquistó un millón de adeptos. Esa posee 700 templos y forma sus ministros en las academias de Saumur, Montauban, La Rochelle. La ofensiva es tanto más seria cuanto que el clero está entregado a los caprichosos abusos de la encomienda. 815 abadías y 280 prioratos tienen titulares movidos principalmente por intereses financieros. En cuanto a los Obispos nombrados por el Rey y a veces en edad temprana, aun cuando lamenten el estado de sus diócesis, ningún remedio pueden procurarles. A nivel de parroquia, subsisten los buenos sacerdotes y sobre ellos se apoyan los reformadores. Aun así, es muy elevado el porcentaje de los ignorantes y de los mediocres. ¿Cómo alimentar la fe y salvaguardarla eficazmente en estas condiciones? Los sacerdotes, declaran unánimemente Vicente de Paúl y Bourdoise, Olier y Saint-Cyran, son responsables del estado de la Iglesia.

En todo caso, las estructuras sociales son sólidas y permanecen intactas. Las élites se organizan y, en este principio de siglo, cuando las grandes abadesas, Angélica Arnauld, María de Beauvilliers, Margarita d'Arbouze, están en sus puestos, se constituyen retículas de

influencia. Su actividad, mucho más pura que en tiempo de la Liga, logra afirmarse duraderamente en la vida social. Así es como en París, entre 1598 y 1648, pese a la enemiga de los Estados Generales (1614), del Parlamento (1626), de Luis XIII (1629), se fundó un centenar de conventos. Aun mutilada, la Iglesia continúa vivaz y vivificante.

Paradójicamente, es un nuevo peligro el que va a favorecer la reagrupación de las fuerzas morales. La corriente libertina, que avanzaba sordamente en el siglo XVI se afianza ahora con una cierta insolencia. Inquieta al poder, escandaliza a los simples, estimula a los espirituales. «Hay 50.000 ateos en París», gime el Padre Mersenne que es sin duda víctima de su imaginación asustada. ¿Qué importa? Después del proceso de Viau (1623) está alertada la autoridad real. La visión de una Iglesia que se retira del Occidente acosa periódicamente a ciertos espíritus. Angélica Arnauld, Saint-Cyran, Mons. De Ginebra, san Vicente de Paúl, se interrogan acerca de los destinos católicos de Europa. Momentos hay en los que el sabio y prudente Señor Vicente piensa que en cien o ciento cincuenta años, puede no haber ya Iglesia en este rincón del planeta... y este pensamiento estimula su celo por las misiones en tierra infiel.

La tarea es inmensa. El sector rural y prácticamente inculto de la población no puede a esta hora beneficiarse del admirable esfuerzo de Bérulle o de los contemplativos. Nuevas congregaciones religiosas trabajan sin duda con valentía. Los Jesuitas, en París, tienen no menos de 2.000 alumnos en el colegio de Clermont. Los Capuchinos predicán y misionan sin pausa. Se desarrollan a maravilla comunidades docentes como las Ursulinas. Una literatura religiosa adaptada a todas las condiciones adquiere una extensión considerable. La *Introducción a la vida devota* de Francisco de Sales, *la ocupación interior de un alma devota* del Padre Cotton, se difunden ampliamente. La *Imitación de Cristo* se imprime una o dos veces cada año y el *Combate espiritual* no es solamente el *vademecum* de Francisco de Sales: lo adoptan las almas fervientes. A pesar de todo, el pueblo llano está con demasiada frecuencia abandonado. Los protestantes lo saben y se aprovechan de ello. Vicente de Paúl no duda en declarar que perece en la ignorancia y la miseria. Ha nacido para este pueblo inculto y abandonado. ¿Lo sabe ya? Hacia él avanza en todo caso... pero dando algunos rodeos.

B.- LA EVOLUCION DE UNA CONCIENCIA

1.- El tiempo de la búsqueda

La ruta terrestre duró ochenta años. Los primeros pasos fueron de tanteo, de inquietud, de incertidumbre. Se necesitarán treinta y seis años para adquirir las certezas que modelen y caractericen su rostro eterno.

Este tercer hijo de Jean Depaul y de Bertt̄ande Demoras vio la luz en Pouy, en abril de 1581, en una familia campesina que contará seis hijos. Los cuadros de Le Nain nos hacen entrar con pie seguro en estas casas campesinas. Ninguna elegancia, poca comodidad, pero ninguna miseria. Hombres y cosas se han emparejado: no perdonan ni los trabajos ni las penas. Sea al regreso de un bautismo o al alto de mediodía, un mismo ambiente trabajador impregna e inspira los rostros. *En el país: del que soy, dirá más tarde Vicente, se alimenta uno de unos granitos llamados mijo que se ponen a cocer en un puchero; a la hora de la comida, se las vierte en un recipiente y los de casa se reúnen en torno para tomar su alimento, y luego, van a trabajar”.*

En medio de las brumas de su génesis, el niño Vicente vio primero aparecer el rostro de una campesina que destellaba un inefable amor. De esta mujer recibió el sentido del trabajo, el arraigado amor a los pobres y a los necesitados. Pasada la edad del juego, se inspirará en la que Dios y la *naturaleza lo* hacían querer más que a todas las reinas del mundo. Movilizará los recursos afectivos de la mujer del siglo XVII. La Señora de Gondi, luego Luisa de Marillac, las Damas y las Hijas de la Caridad no serán para él seres misteriosos o idealizados. Serán almas llamadas a darse a Dios y a los demás en un despliegue sobrenatural de genio maternal.

En una casa en la que todo el mundo trabaja, no se puede permanecer largo tiempo sin trabajar. Vicente se puso temprano a guardar los cerdos y las ovejas. *He sido porquero*, tendrá a gala declarar para rebajarse ante quienes se saben grandes. Empuñó las manceras de los arados de rejas de madera. Siguiendo el ritmo de las estaciones, llevará los rebaños a los planos de Chalosse y aun penetrará hasta Saint-Sever, a 60 Kms. de Pouy. Por eso, medio siglo más tarde, el general de la Misión, miembro del Consejo de Regencia, no vacilará en reanudar su oficio de pastor. Conducirá a pesar del invierno y de los malos caminos, 2 caballos y 240 cabezas de lanar, que salvará del pillaje de la granja de Orsigny. Al atardecer de su vida, recordará todavía al pastor que se acuesta tras una valla o al abrigo de un madero. Ansiará concluir su azarosa carrera en el hueco de una breña. *He de decirlo sinceramente*, confiará a uno de sus misioneros al hablar de sus trabajos, *que eso me produce tan renovados y grandes deseos de poder, en medio de mis achaques, ir a terminar mi vida junto a un zarzal trabajando en alguna aldea, que me creería bien dichoso si pluguiese a Dios concederme esta gracia.*

En 1596 Depaul padre notó las facilidades del joven Vicente. Le envía a estudiar un poco al Colegio de Dax, con los Franciscanos. El juez de Pouy, Señor de Comet, que es asimismo abogado en la Curia presidial de Dax, apadrina al muchacho. Le confía la educación de sus propios hijos. Para los rurales, la Iglesia es el camino normal de los ascensos rápidos. De prisa, el joven Vicente, a quien ya el garbo campesino de su padre fastidia un poco, salta sus clases de humanidades. Eternamente, permanecerá «alumno de cuarta», sin duda, pero sabe el latín suficiente para presentarse a los cursos de la facultad de Toulouse. Ya en 1596, ha recibido en Bidache la tonsura y las órdenes menores. Impaciente como buen mozo de Gasuña, pide y recibe el sacerdocio de manos del viejo obispo de Périgueux, François de Bourdeilles (23 de septiembre de 1600). *Si hubiese sabido*, confesará más tarde, *lo que es el sacerdocio, cuando tuve la temeridad de entrar en él como lo supe después, hubiese más bien querido labrar la tierra que comprometerme en un estado tan terrible.* Poco tiempo después celebraba su primera misa en Buzet.

Puede entonces pedir un beneficio. El obispado de Dax le ofrece el curato de Tilh. Un candidato más tenaz, S. Soubé, se lo disputa. Discretamente, se retira. Roma le atrae. Va allá, en este año jubilar. Ve al santo Papa Clemente VIII, luego, extasiado y conmovido por esta peregrinación a la tumba de los Apóstoles, vuelve a Francia y continúa sus estudios.

Su bolsa es bien ligera. Para levantar sus finanzas, había ya recibido a algunos pensionistas en Buzet. Lleva a sus alumnos a la ciudad universitaria y, mientras vela sobre ellos, logra obtener el grado de bachiller en teología. La fortuna le sonrío y espera ya... un obispado.

Por el momento, una anciana de Toulouse le deja una pequeña herencia de cuatrocientos o quinientos escudos. Es un comienzo y le ocasiona cuidados. Va a

Marsella en persecución de un deudor de su bienhechora. Este comerciante, *mal sujeto, hace allí buen negocio*. A caza suya. Vicente, sin dinero, no halla mejor solución que la de vender su caballo de alquiler. Lo reembolsará más tarde, piensa, cuando el galán haya pagado. Hace, pues, prender al hombre en Marsella y obtiene de él trescientos escudos. A fin de ahorrar un poco, decide volver a Toulouse pasando por Narbona.

Se embarca... y dos años después, para explicar su misterioso silencio, nos cuenta la increíble aventura que le ha apartado de la escena europea. Singular odisea. Ha estado en Berbería, explica al Señor de Comet. Le capturaron unos piratas. Fue vendido y pasó a servir a cuatro dueños. Estuvo al servicio de un pescador, luego de un médico «alquimista, soberano extractor de quintaesencias», luego de un nuevo médico, por fin de un renegado. En compañía de este último, se ha evadido de Túnez haciendo la travesía del Mediterráneo en un pequeño esquife. De AiguesMortes donde ambos han desembarcado, van a Aviñón. Con lágrimas en los ojos y suspiros en la garganta, ha abjurado el renegado de sus errores ante el vice-legado de Aviñón: Mons. Francisco Montorio.

Ignoramos aún la reacción del Señor de Comet y quisiéramos saber cómo tradujo esta última página del relato de las mil y una noches. Adivinamos, en cambio, sin esfuerzo que estos dos años de ausencia tuvieron que poner singularmente a prueba las fuerzas físicas y morales de nuestro mozo de Gascuña. Su andar es más lento, ahora podemos seguirle mejor. Acaba de confiar su porvenir y su infortunio al vice-legado y como éste ha concluido su «triennio» (tres años de estancia) en Aviñón, Vicente le acompaña a Roma.

Por segunda vez, entra en la ciudad eterna. Hoy es como familiar de un grande de la Iglesia. Puede, mientras prosigue algunos estudios, observar muy de cerca este *espíritu italiano que va tempo-tempo, que no quiere fatigarse, que desconfía de la «furia francesa»*. Vicente no descubre su oportunidad, Roma no es su clima. Mejor estará en Francia y, ya que París le atrae, va a la capital en septiembre de 1608.

«París es la única ciudad del mundo en la que se vive plenamente. En otras partes, dice Jean de Jandun, no se vive más que relativamente». Por el momento, aun en París, Vicente no vive más que «relativamente». Se detiene en el Faubourg Saint-Germain, conoce a un coterráneo y a falta de cosa mejor, se alberga con él en su cámara. Esta vida comunitaria no tiene todas las ventajas, y Vicente no tarda en comprenderlo. Enfermo, guarda cama un día. El mozo de la botica que viene, en ausencia del juez, para medicamentar a Vicente, echa mano de los escudos del propietario. Vicente nada ha visto, pero pronto oye vociferar a su patrón, acusarle de robo, amenazarle y finalmente expulsarle. Mortificado, Vicente se retira y va en busca de alojamiento a la rue de Seine, en una casa de la que pende la enseña de san Nicolás. El Señor Leclerc de la Forêt logra encontrarle una colocación entre los capellanes de la Reina Margarita. Nuestro joven gascón se alberga a algunas toesas de la real mansión.

Este esplendor del todo colindante no le enriquece. Ha creído desencallar sus finanzas adquiriendo de J. Hurault de l'Hôpital, arzobispo de Aix, la abadía de San Leonardo de Chaulmes. En la toma de posesión se percata de que no posee sino ruinas. Se endeuda y firma libranza tras libranza. Por fortuna, relaciones menos terrestres le permiten mantener la cabeza sobre el agua. Está en buenas relaciones con Pedro de Bérulle y frecuenta a los futuros oratorianos. Junto al maestro de la Escuela francesa que dirige una élite, Vicente intenta aclararse. Bérulle le observa, procura descifrar su interior, pero permanece vacilante. Vicente interroga, ora, se interroga. No se resuelve a

formar parte del Oratorio, acepta en cambio una propuesta del fundador. Va a Clichy para asumir el curato del Padre Bourgoing, que entra en la nueva comunidad. Por primera vez, doce años después de su ordenación sacerdotal, tiene el Señor Vicente cura de almas. Ejerce canónicamente su sacerdocio, sus primeras experiencias personales comienzan.

CLICHY

El joven párroco toma posesión de esta parroquia que reúne 60.0 habitantes, e121 de mayo de 1612. No permanece mucho tiempo inactivo. Hace reparar el púlpito, el confesonario, el bautisterio. Enriquece la Iglesia con hermosos ornamentos. En este medio semi-rural que visita regularmente, se mueve con comodidad. Erige la cofradía del Rosario, reúne a algunos candidatos al sacerdocio, catequiza a pequeños y grandes, Es un éxito, y el pequeño párroco es dichoso. *Tengo un pueblo tan bueno, tan obediente,* declara al Obispo de París que le visita, *que pienso para mis adentros que ni el Santo Padre, ni vos, Monseñor, sois tan dichoso como yo.*

EN CASA DE LOS GONDI

¿Por qué se aleja? Es que Pedro de Bérulle, que vacila siempre sobre la vocación de Vicente, sabe al menos que no debe permanecer en Clichy. No ve más lejos, pero quiere colocarle más alto. Le empuja por entre los grandes de este mundo, entre la ilustre familia de los Gondi, en casa de Felipe-Manuel, General de las Galeras del Rey. Este hombre de prestancia, mundano y afortunado, que ha casado en 1660 con Francisca Margarita de Silly, tiene relaciones eclesiásticas y religiosas. Es sobrino del Obispo de París, Pedro de Gondi. Cuando éste muera en 1616, le sucederá un hermano de Felipe-Manuel, Enrique de Gondi. Y cuando el 3 de agosto de 1622 haya fallecido Enrique de Gondi, que acompañaba al Rey a Béziers, todavía otro hermano de Felipe-Manuel, Juan-Francisco de Gondi, subirá a la sede de París y será también el primer arzobispo de la capital del reino con data de 1622. Tiene dos tías dominicas en Poissy y una de ellas, Luisa, es priora del convento. En 1613, Felipe-Manuel acumula títulos y cargos: es marqués de las Islas de Oro (las islas de Hyères), barón de Montmirail, de Dampierre (en el Aube), de Villepreux, lugarteniente general del Rey en los mares de Levante. Es un hombre que viaja mucho. Desde París, rue des Petits-Champs, sale hacia sus tierras de Picardía, de Borgoña, de Champaña. Acaba de tener este 20 de septiembre de 1613, un tercer hijo, Juan-Francisco-Pablo, que será el célebre auxiliar. Sueña con la educación de sus hijos mayores, Pedro, que tiene catorce años, y Enrique, que tiene siete.

Vicente, que es elegido como preceptor, ejerce una función de confianza al tiempo que disfruta de la vida de la mansión. En Montmirail y en Folleville, en París y en Joigny, la duda no se le permite ya: el «honroso retiro» descontado hacía años, poseíalo ahora. Infortunada o afortunadamente, no puede instalarse en él. A los 32 años, en plena fuerza, no tiene ocupación suficiente. Se asemeja extrañamente a un célebre magistral, retirado también que había conocido en casa de la Reina Margarita. Había sido un controversista de reputación, pero entregado a la inactividad, devorábanle las dudas y los escrúpulos obsesivos. Puesto al corriente de sus penas, Vicente se había afanado por socorrerle. Habíale aconsejado entretenerse, llevar una vida activa y visitar a los pobres. Nada había resultado. Agotados sus consejos, Vicente pasó a los hechos. En un impulso de generosidad, se había ofrecido a Dios para tomar sobre sí la

tentación del magistral. Hecho el trato, el magistral habíase visto enteramente liberado, pero su director había cargado con un peso que le abrumaba. Desde este momento andaba errante en una noche interior, hostigado por la rumorosa ronda de las dudas.

Aprovechando los viajes de los Gondi, Vicente practica a su vez el entretenimiento. Enseña el catecismo, evangeliza a la servidumbre y a los campesinos de la Señora de Gondi. Esta última recurre incluso a sus consejos para dirigir su conciencia.

2.- La experiencia de Folleville y de Châtillon (1617)

Fue en el transcurso del viaje con la familia de los Gondi cuando se iluminó el cielo de su alma. Hace ya tres o cuatro años que su alma se debate. Ha comprendido que es preciso mirar al porvenir como un continuo servicio a los pobres. Dios tiene que instalarse en su vida, reinar en ella, y él, Vicente, no buscarse ya a sí mismo, sino buscar ante todo las *cosas de Dios*. *Hay que buscar primeramente a Dios,... hay que mirar primero a Dios,... busquemos el Reino de Dios, el resto se nos dará por añadidura. Si hacemos las cosas de Dios, él hará las nuestras.* Las consignas teocéntricas de Bérulle toman cuerpo en una mística de servicio a los pobres. En pleno invierno de 1617, a la cabecera de un pobre enfermo del campo, Dios le hace señas. Allí va a darle la certidumbre y la paz.

Ocurre en Gannes, junto a Follevüle. Un hombre se muere. Se llama a Vicente. Silencioso, el capellán de los Gondi escucha al moribundo, que se ha batido también durante años con su amor propio. Amordazábale la vergüenza, no podía confesar sus pecados al párroco. Ahora que lo ha dicho todo, respira a pulmón pleno. Declara a voz en cuello a la Señora de Gondi que le visita: «¡Sin esta confesión, Señora, me hubiese condenado!». Atónita ante la afirmación de quien pasaba por un hombre de bien, la Señora Generala de las Galeras entrevé la inmensidad del mal. «¡Señor Vicente, dice a su director de conciencia, cuántas almas se pierden! ¿Cómo remediarlo?».

De momento había tan sólo un remedio: la organización metódica de buenas confesiones generales. Es lo que hizo el Señor Vicente con el sermón dirigido a todos los feligreses de Folleville el 25 de enero de 1617. Durante varios días, con la ayuda de algunos buenos sacerdotes, prosigue este trabajo de misión y descubre su «misión».

Uno imagina los días y los meses que siguen: Vicente visita las tierras de los Gondi, activa la renovación de las conciencias, predica, confiesa. Podía continuar. No todo es tan sencillo. Aunque ha hallado su papel, Vicente no ha encontrado todavía su lugar. La vía que debe seguir, debe pasar directamente por los pobres para ir a Dios. Lo nota, y da parte entre los meses de mayo y junio de 1617 al Señor de Bérulle de las dificultades de su conciencia. Medita el abandono de la casa de los Gondi. Bérulle que, decididamente, no consigue ver el porvenir de Vicente, escucha sus razones. Las aprueba, secunda incluso sus deseos señalándole, a 300 leguas de allí, una parroquia cerca de Lyon. Los canónigos, condes de San Juan de Lyon, responden de ella y están asustados por la invasión del protestantismo. ¿Qué quedará en pocos años de esta parroquia donde seis capellanes vegetan en la incuria y la mediocridad? Vicente acepta luego. Pretextando un viajecito, va a Châtillon-des-Dombes, la parroquia de la perdición. El 1° de agosto de 1617 es instalado jurídicamente.

También allí parecen los acontecimientos querer precipitarse. Llegado allá, Vicente mide el esfuerzo por los acontecimientos que Dios le impone. Como no puede contar

con unos capellanes sin celo, va a buscar un coadjutor a Lyon y vuelve en compañía de Louis Girard. Pero un domingo de agosto, él mismo nos pone al corriente, *estando yo revistiéndome para decir la santa misa, se me vino a decir -era la Señora de la Chassaigne- que en una casa apartada de las demás, a un cuarto de legua de allí, todo el mundo estaba enfermo, sin que quedase una sola persona para asistir a las demás, y todos en una necesidad que no podía expresarse. Esto me tocó sensiblemente el corazón.*

Como en Folleville, la emoción le hizo pronunciar palabras «milagrosas». Por la tarde, después de vísperas, se presenta en el lugar con un buen hombre. Después de haber confesado a los enfermos y dádoles la comunión, se queda perplejo. La generosidad de los feligreses es grande, pero ¿qué quedará de ella para los días y meses que sigan? *He ahí una gran caridad, dice, pero está mal organizada.*

Pone inmediatamente manos a la obra. Convoca a las señoras más decididas. El 23 de agosto les entrega el primer esbozo de un texto de asociación. *Todo ha de ir bien y redundar en gloria de su hijo Jesús, cuando se invoca y toma por patrona a la madre de Dios en las cosas de importancia.* Se camina según estas directrices y tres meses más tarde, el Señor Vicente podrá dar un nuevo reglamento que es una obra maestra de organización y de ternura. Todo está previsto: la manera de asistir y presentar el alimento a los enfermos, la manera de allegar los recursos y de llevar las cuentas. Cada señora debe saber que *se ha de invitar caritativamente al enfermo a que coma por el amor de Jesús .y de su santa madre.* Hay que seguir un orden y tener la precaución de comenzar siempre por el que tiene a alguien consigo y terminar por los que están solos, para poder estar a su lado más prolongadamente. El 24 de noviembre de 1617, Messire Mechatin Lafaye, vicario mayor de Lyon, aprobaba el reglamento y el 8 de diciembre siguiente, en la fiesta de 1a Inmaculada Concepción de la Virgen, el Señor Depaul procedía solemnemente a la erección de la cofradía en la capilla del Hospital.

VUELTA A PARÍS

Durante este tiempo, la confusión y la fiebre subían en casa de los Gondi. Tras la lectura de la carta por la que Vicente ponía a sus señores al corriente de su éxodo, pidiéndoles perdón al mismo tiempo, formábase una coalición para obtener su vuelta a París. Hasta el Padre de Bérulle tomó este partido. Delicadamente, rogó al Señor Vicente que volviese a París. Apenado, pero deferente, el cura de Châtillon toma el camino de la capital. En cinco meses, había rehecho esta parroquia. Tres rasgos caracterizan la fisonomía del nuevo Châtillon: la evangelización por la caridad, la regularidad sacerdotal, el amor a los pobres, los preferidos de Jesús. Muchas almas se habían convertido y se había protegido a otras. En suma, lo esencial estaba hecho. El 23 de diciembre, Vicente llamaba a la puerta del Señor de Bérulle; la víspera de Navidad entraba de nuevo en casa de los Gondi.

3.- Las fundaciones mayores - (1618-1633)

Sépalo o no, comienza de nuevo. Sus perspectivas de porvenir se transforman, debe ahora avanzar.

Según la regla de perfección de Benito de Canfield, tan ensalzada por el Señor Duval, Vicente sigue paso a paso a la divina Providencia. Tiene por devoción honrarla, y no

quiere *adelantarse a ella*. Pero en fin, puesto que en lo más íntimo de sí mismo está obligado al servicio de los pobres, debe asegurar el orden y la continuidad de su misión. Debe asimismo forjar las instituciones que le permitan acabar y prolongar en el porvenir de los demás la misión de Jesús.

ENCUENTROS

Ya no está solo. En 1618 y 1619, se ha visto con Francisco de Sales, perceptible imagen de la bondad de Dios. Lo *bueno que tiene que ser Dios*, dice una y otra vez, si *Mons. de Ginebra es tan bueno*. Vicente admira el perfecto equilibrio del autor de la *Introducción a la vida devota*. Comparte con él las preocupaciones por la vida religiosa, la santificación de los seglares en y por el deber de estado. Con él, desea una profunda reforma del clero y una simplificación de la predicación. Algunos encuentros han bastado para que se anude una sólida amistad. Esta inicia una cooperación que culminará con el superiorato de la Visitación parisina y después, muerto ya Francisco de Sales, con la dirección de santa Chantal durante algunos años, luego, y más secretamente, con una verdadera ósmosis de las doctrinas y de las prácticas salesianas.

COMPAÑEROS

Otros hombres rodean a Vicente. Le ayudan en las misiones y le animan con su presencia. Estos señores, Portait, Bellin, Calon, Ducllesne, Coqueret, son asimismo amigos de los pobres y de Dios. Ocupado con el Oratorio, el Padre de Bérulle se desentiende un poco de Vicente. De vez en cuando, hasta se le mues trahostil. No importa. Dos maestros con quienes por lo demás se ha encontrado junto a Bérulle están ahí. Su autoridad y su dinamismo no admiten duda. El primero, André Duval, real profesor de teología en la Sorbona, es un maestro venerado. Modesto, discreto, muy seguro, él es, «el buen Señor Duval» en quien todo es santo, el que hará de la constitución de una comunidad y de la aceptación del vasto priorato de San Lázaro un deber para el Señor Depaul.

El otro, Jean Du Vergier de Hauranne, es casi un coterráneo. En todo caso, es el amigo con quien tiene bolsa común. Hablan juntos de los problemas eclesiásticos, del sacerdocio, de las indispensables reformas. Doce años estuvo sin celajes esta amistad. Cuando Vicente reconoció que su camino no era el de Saint-Cyran, al punto en que Richelieu hizo encarcelar al Director de Port-Royal, no dudó Vicente, con el riesgo de indisponerse al terrible Cardenal-Ministro, en testificar en favor de su viejo amigo ante el juez eclesiástico Señor Lescot (31 de marzo-2 de abril de 1639).

Hay que recordar también, para reconstituir el ambiente de estos años, la actitud de la Señora de Gondi. Toda gozosa de haber nuevamente hallado al Padre de su espíritu, sigue con alma y vida todas sus empresas y no duda en financiarlas materialmente.

Estas son las favorables condiciones en las que el Señor Vicente va a crear sus obras esenciales: la Misión y la Caridad.

EVOLUCIÓN DE LA MISIÓN

Sin que lo haya previsto, el Señor Vicente comienza por ver incrementarse considerablemente su grey.

Felipe-Manuel de Gondi le confía primero una vasta parroquia que nunca ha tenido titular: la cárcel de las Galeras. Pide a Luis XIII le nombre capellán general de las Galeras (8 de febrero de 1619). Vicente va de inmediato a visitar a sus pobres feligre-

ses, en París, en Marsella (1622). Hasta les predica una misión en su territorio, las Galeras, en Burdeos (1623). Aprovechando por lo demás su viaje, llega hasta Dax, Pouy, Buglose, y da un adiós supremo a su familia.

No puede dudar más de su misión: los pobres son sus señores. Pueden disponer de él y él debe obedecerles. En el transcurso de una misión en Montmirail y en Marchais (1621-1622), un protestante rebelde a todas las argumentaciones se lo ha vuelto a decir a su manera: *La Iglesia de Cristo izo puede abandonar a los pobres, pero... hay diez mil sacerdotes en 1'arís. En los campos se pierden los pobres en una ignorancia espantosa.* Dos retiros, uno en Soissons, el otro en Valprofonde, le han terminado de convencer irrevocablemente. Es pues, ahora, cuestión de construir una institución sólida y estable.

Obtiene en París el diploma de licenciado en derecho y puede así recibir su nombramiento de Principal del Colegio des Bons Enfants (1º de marzo de 1624), Se pone así un local a disposición suya. El 17 de abril de 1625, en su mansión de la rue Pavée, parroquia de San Salvador, Felipe Manuel de Gondi y Francisca-Margarita de Silly, su esposa, firman el contrato que pone inmediatamente 37.000 libras a disposición del señor Vicente de Paúl. Se funda la Congregación de la Misión.

Como si la Señora de Gondi no hubiese vivido más que para esta firma, se extingue el 23 de junio de 1625. Aquí, como en Chatillon, lo esencial está hecho. El arzobispo de París aprueba la Congregación de la Misión el 23 de abril de 1626 y Vicente se ingenia enseguida para obtener las aprobaciones romanas.

NUBES EN EL CIELO DE PARÍS Y DE ROMA

De pronto, en estos años de 1626-1628, el horizonte parece fruncirse. La pequeña tropa misionera se juega su suerte. En París, se señor Gondi entra en el Oratorio. No habla ya sino de retirar el dinero que ha servido para la fundación misionera. Jean Du Vergier de Hauranne, le disuade con suavidad de ello. Arde la alerta. En Roma, donde no se disimula ya la oposición del Cardenal de Bérulle, las Congregaciones Romanas rehúsan por dos veces aprobar la pequeña Compañía (22 de agosto, 25 de septiembre).

¿RESPONSABILIDAD DEL CLERO?

Contrariado, pero invariable en su designio. Vicente no deja por eso de misionar. Se pregunta por lo que Dios quiere que haga. Si los pobres del campo pasan tan fácilmente al protestantismo ¿no es, como lo ha visto en Chatillon, debido a los pastores responsables de su instrucción? A decir verdad, el clero es culpable, ya que está sin formación y con mucha frecuencia, también él, en la ignorancia. Ya la Señora de Gondi le había indicado cómo un sacerdote ignoraba la fórmula de la absolución. El mismo, Vicente, lo ha comprobado. Sin los sacerdotes nada se hace en la Iglesia. El porvenir del Cristianismo depende del sacerdocio. Tal es la convicción del Señor Bourdoise, del Señor de Saint Saint-Cyran y esa es también la del Señor Vicente.

LOS EJERCICIOS DE BEAUVAIS

¿Se podría cambiar a sacerdotes atados por un beneficio, endurecidos en la pereza? No podía soñarse. Una sola acción posible: seleccionar los candidatos al sacerdocio, exigirles antes de la ordenación un mínimo de celo y asegurarles un poco de instrucción. Mons. Pottier, Obispo de Beauvais, no pensaba de otro modo. Un día de julio de 1628, conversa con el Señor Depaul, le confía sus preocupaciones, le pide venga en el mes de septiembre a

predicar el retiro de los ordenandos. Los «Ejercicios» tuvieron un éxito considerable. De inmediato se adoptó la fórmula en París y a los retiros de ordenandos correspondieron los retiros de eclesiásticos. El Prior del vasto convento de Saint-Lazare-lés-Paris, y asimismo el arzobispo de París, pensaron en los ordenandos cuando hicieron uno y otro entrar al Señor Vicente y a sus misioneros en el vasto Priorato (8 de enero de 1632). Un favor no viene nunca solo. Al comienzo del año 1633, Roma aprobaba la Congregación de la Misión y la bula Salvatoris nostri del 12 de enero de 1633 mencionaba la obra principal de la Misión: los ordenandos.

GIRO DECISIVO

Se da un giro decisivo. El Señor Vicente no lo ha visto, ni con mayor razón, lo ha previsto. Simplemente, se ha mantenido en la amistad de los acontecimientos a los que Dios lleva de la mano. Ahora está asociado a la tarea primordial de la reforma católica. Colabora con el cardenal de la Rochefoucauld, que ya le ha dado confianza al remitirle la suerte de los Iluminados de Picardía (septiembre de 1630). El porvenir de los pobres está asegurado. De ahora en adelante, y pese a su circunspección campesina, Vicente avanza a grandes zancadas.

Adereza, este año de 1633, un reglamento de asociación sacerdotal que agrupará muy pronto a la élite del clero parisino. Este se reúne en San Lázaro todos los martes para orar, trabajar, reflexionar, edificarse. En 1660, la «Conferencia de los Martes» de París contará 250 nombres. Entre ellos, 22 habrán sido o serán llamados al episcopado. Godeau, los Fouquet, F. Vialart, Perrochel, Pavillon, J.-B. Bossuet, se honrarán de haber sido discípulos del que hablaba como un «oráculo de Dios». También ella, esta compañía de los Martes, dará misiones. Vicente la utilizará por doquier: en 1633, en el Hospital de los Quinze-Vingts, en 1638, en Saint-Germain-en-Laye, para dar una misión a la Corte, en 1657 en el Hospital General de los pobres, en 1657 también, en Metz, al objeto de una misión general solicitada por Ana de Austria.

DESARROLLO DE LAS CARIDADES

En estos mismos años, 1617-1633, las caridades conocen también a su vez una milagrosa primavera. Pacientemente, durante 16 años, Vicente observa a las personas, estudia los mecanismos, experimenta las fórmulas,

A la salida de Chatillon, no tenía más que, una idea: predicar la misión en todas las parroquias de la Señora de Gondi y erigir, al clausurar la misión, una caridad que adoptara el reglamento de Châtillon. Eso hizo en Villepreux, Juigny, Montmirail. Mas como nadie tiene derecho a la ociosidad, Vicente invitó asimismo a los hombres a reunirse en caridades. La experiencia, al igual que la de las caridades mixtas, no dio buenos resultados. Vicente no se obstinó y se entregó a perfeccionar las caridades femeninas.

Notó muy pronto que las «Caridades» no podían restringirse a la asistencia de pobres enfermos. Tuvo que ocuparse, en Macon, de organizar a los mendigos (1621). En París, la Visita a los presos, a los galeotes, llegó pronto a ser la preocupación de ciertas caridades. Hacía falta, pues, que la organización y la fórmula de las caridades permaneciera abierta. Hubo, posteriormente, caridades para los pequeños hogares indigentes, caridades para los siniestrados del hambre y de la guerra. En 1610, las caridades de Lorena se convirtieron en centros de socorro, depósitos de víveres, refugio para las mujeres y las religiosas expuestas a la soldadesca. No os escogéis a un pobre, él es quien os escoge.

Pero en todas partes, en París, como en Mácon, el tiempo reveló que las caridades se entibiarían y serían ineficaces, si rápidamente no se ponía remedio a dos flaquezas: la ausencia de control y la ausencia de mano de obra. Los impulsos del corazón y la buena voluntad de las señoras no bastaban a necesidades muy materiales tales como los cuidados a los enfermos, las limpiezas, etcétera. Y sin embargo, hay que amar al prójimo como a Dios, con la fuerza de los brazos y con el sudor del rostro. Algunas damas de la caridad delegaron a sus sirvientas. Esta dedicación asalariada y ocasional no podía bastar: hacía falta un corazón, un alma, una fidelidad sin condiciones y sin ruptura.

LUISA DE MARILLAC (1591-1660)

La que debía, en compañía del Señor Vicente, realizar esta pequeña creación, la Señorita Legras, por nacimiento Luisa de Marillac, no parecía en absoluto preparada para esta gran obra. Había entrado como una sombra en la vida de Vicente en el transcurso del año 1624. Esta mujercita -1,49 m. de talla- nerviosa e impresionable, era por su padre, Luis, de la ilustre familia de los Marillac. Nacida en 1591, en Ferrières-en-Brie, nunca había conocido a su madre, y perdió a su padre cuando no tenía más que trece años. Su confesor, el Padre Honorato de Champigny, habíala disuadido, aun siendo él capuchino, de hacerse capuchina. Luisa había casado entonces con el Señor Antonio Legras y había tenido un hijo, aquel pequeño Miguel que nunca cesó de inquietarla. Todos sus directores de conciencia, J.-P. Camus, Miguel de Marillac, Mons. de Ginebra, habíanle aconsejado ser sencilla, alegrarse, dominarse... y el Señor Vicente al que, pese a algunas repugnancias, se abrió, poco tiempo después de la muerte del Señor Legras, no le había dado otros consejos.

FORMACIÓN DE LA PRIMERA HIJA DE LA CARIDAD

Dudando de sus propios dones, el Padre Vicente no había tomado sino mal de su grado la responsabilidad de esta alma atormentada que se complicaba la conciencia. Muy pronto discernió las secretas riquezas de las que los pobres podrían beneficiarse. Místicamente, Luisa de Marillac tomaba así el relevo de la Señora de Gondi. En muchos rasgos, recordaba al Señor Vicente a su ilustre antecesora. Escuchaba con el mismo fervor los consejos del Señor Vicente que la rogaba estuviese alegre, amase a Dios desconfiando de sí misma, se renunciase desdeñando sus imaginaciones y a sus impresiones. *Estad alegre, honrad la inacción y el estado desconocido del Hijo de Dios, aceptad los acontecimientos que os contrarían, adorad a la Providencia, seguidla, no os adelantéis a ella... Nuestro Señor es una Comuni3n continua en los que est3n unidos a su querer y no querer...* Este cuidado del alma proseguido en un clima de suavidad salesiana conjugaba sabiamente las exigencias de la uni3n a la voluntad divina seg3n Benito de Canfield y las perspectivas agustinianas caras al Padre de B3rulle. Los resultados fueron con toda sencillez maravillosos. En 1629, el Señor Vicente ten3a formada en Luisa de Marillac, a la primera Hija de la Caridad. La lanz3 a una gira de inspecci3n. Guiada con firmeza, Luisa de Marillac supo ver, estimular, orientar, dar cuenta, sugerir. Comprobando con el Señor Vicente que las Damas no podr3an verdaderamente asegurar un servicio regular y ejecutar para con los dem3s acciones que consigo mismas no ejecutaban, reuni3 Luisa de Marillac a algunas buenas chicas del campo, deseosas a la vez de servir a los pobres y de ser de Dios.

LAS HIJAS DE LA CARIDAD

En aquella casita del Faubourg Saint-Victor (el actual 21, de la rue Monge), aquel 29 de noviembre de 1633, nació la Compañía de las Hijas de la Caridad, servidoras de los pobres enfermos. Religiosas sin uniforme, irían sin velo, no tendrían votos solemnes. Alternando las perspectivas religiosas con las (le, las servidoras misioneras, en un tono mitad grave mitad sonriente, el Señor Vicente glosaba: *tendrán por monasterio - las casas de los enfermos y aquella en que está la superiora. Por celda - un cuarto de renta. Por capilla - la iglesia parroquial. Por claustro - las calles de la ciudad. Por clausura - la obediencia. Por reja - el temor de Dios. Por velo - la santa modestia. Por profesión - la confianza continua en la providencia, el ofrecimiento de todo lo que son.* Con objeto de asegurar la permanencia junto a los desgraciados a quienes nunca abandona la miseria, serían las profesas de Jesús viviendo sin cesar entre los pobres.

Este desdoblamiento de las funciones y de los servicios permitió a las Damas mantener sus socorros y su presencia. Las caridades cobraron un nuevo auge. Al adoptar París la fórmula, la mayoría de las parroquias parisinas tuvieron su cofradía. Su asoció a las familias burguesas al trabajo y a la vida de las pobres servidoras. Se daba permanentemente ocasión a comprenderse, a ayudarse, a fraternizar haciendo el bien. La atmósfera de las caridades era un milagro mayor que los donativos acumulados.

4.- Una actividad nacional (1633-1643)

Las funciones religiosas del Señor Vicente comienzan a alzarse. Su diversidad y su grandeza cautivan la atención. Crece la tentación de separar al Señor Vicente del ambiente político y religioso que da a sus empresas su originalidad y su significación profunda. Y sin embargo, es de su tiempo, participa en la voluntad de orden y de organización que se afirma en todo su alrededor. Amenazado sin pausa, Richelieu sigue en el poder e instala progresivamente las estructuras sociales y económicas que transformarán al país. Se funda la Academia Francesa. Descartes escribe el *Discurso del Método* (1637), Corneille representa *El Cid*, *Horacio*, *Cinna*, *Polyeucto* (de 1637 a 1641). En el *Salón Azul*, la Marquesa de Rambouillet reina en estos años de 1628-1645 en toda su gloria y su influjo alcanza también a los medios religiosos y caritativos. En este París que no está compartimentado, Vicente circula y se comporta. Como Richelieu, pero en otro dominio y según un estilo diferente, gobierna y organiza. Con igualdad de ánimo -«el Señor Vicente es siempre el Señor Vicente», comienza a decirse- trabaja principalmente en cuatro focos de caridad: la Misión, las Hijas de la Caridad, las Damas de la Caridad, las religiosas de la Visitación.

LA MISIÓN

La misión se desarrolla y su fundador le da un rostro. La ve diferente del Oratorio, más extensa que la Comunidad de San Nicolás, de diferente espíritu que la Comunidad del Santísimo Sacramento. Reconoce que el Señor J.-J. Olier tiene una vocación particular y él mismo se aleja suavemente de Port-Royal.

Entre 1635 y 1643 pone manos a la obra para forjar las estructuras de la Misión. Aconseja con insistencia a los misioneros emitan votos que les estabilicen en el servicio de los pobres. Obtiene aquella disposición del 19 de octubre de 1641, la cual, al tiempo que reconoce los votos simples de los misioneros, mantiene sin embargo a

éstos entre el clero secular. La conducta moral de la comunidad se precisa en el transcurso de los retiros de 1632-1635. El Señor Portail conservaría preciosamente la gran carta del 1º de mayo de 1635, que recuerda las bases religiosas y místicas del apostolado; y santa Juana de Chantal recibirá en julio de 1639 una pequeña descripción de la actividad y del espíritu de la compañía naciente.

LAS HIJAS DE LA CARIDAD

Las características de las Hijas de la Caridad debían definirse todavía más rápidamente. Vicente les daba todos los meses una conferencia y aunque sólo 12 de las pláticas de este período hayan llegado hasta nosotros, nos permiten situar exactamente el esfuerzo de las servidoras de los pobres. Hay que amar, servir, honrar la vida humana del Hijo de Dios, y para eso, orar, vivir en la caridad, mortificarse. En la conferencia que da el 25 de enero de 1643 sobre las virtudes de las verdaderas campesinas, Vicente rellena, prolonga, ilustra estas directivas fundamentales.

Pero hay que dar también cobijo a las servidoras de los pobres. Tuvieron primeramente un punto de apoyo en casa de la Señorita, rue de Versailles (el actual 21 de la rue Monge). Vicente les procuró una casa en La Chapelle y en 1637-1641, las instala en San Lorenzo, al lado mismo de San Lázaro.

En el fondo de su alma, se relevan una a otra dos preocupaciones: impedir que la nueva agrupación se convierta en una «religión» (eso sería llevar la «Caridad» a la «Extrema Unción»), de otro lado mantener y avivar el ideal que las había reunido para dedicarlas a Dios y a los pobres. El mejor medio era dejarlas bajo la autoridad del superior que las había reclutado. Los reglamentos de 1633, 1634, 1636 no hablan de ello aun muy explícitamente, pero lo pensaba suficientemente Santa Luisa de Marillac. Entre 1638 y 1643, se abrieron a los pobres 9 casas de Hijas de la Caridad, una de ellas en Richelieu.

LAS DAMAS DE LA CARIDAD

Más complejas y diversas, las Caridades de provincias y de París exigían al Señor Vicente todos sus recursos de tacto y de diplomacia. Tuvo un éxito perfecto y pronto pudo tomarse como modelo la Cofradía del Hotel-Dieu erigida en 1631 y presidida durante cinco años por la Señora Goussault. Esta agrupó rápidamente a 120 y hasta 200 Damas de la Caridad que se ocuparon metódicamente de los pobres enfermos del Gran Hospital.

LA VISITACIÓN DE SANTA MARIA

Un cuarto sector acapara por fin al Señor Vicente: la Visitación de Santa María. Ve, aconseja, dirige a la Madre de Chantal durante sus viajes a París en 1628, 1635, 1647 y precisa en cartas de estilo salesiano las directivas que juzga más oportunas. Se siente místicamente envuelto por Dios en la estela de Francisco de Sales y de santa Juana. Cuando la fundadora de la Visitación expira en Moulins, se le comunica a él sobrenaturalmente: mientras celebra la misa, ve el alma de santa Chantal uniéndose a la de Francisco de Sales y, así unidas, unirse estas dos almas a la Esencia Divina. No había compartido lúdos sus puntos de vista sobre la dirección de la Visitación, pero la estimaba profundamente y la reverenciaba religiosamente. Al entregarse por ella y por sus hijos, se beneficia de su espíritu y de su ardor. De ella decía Pedro de Berulle: «Su corazón es un altar donde nunca se apagará el fuego de su amor y éste

consumirá el altar. Pensando en ella, en Mons. De Ginebra, Vicente exhorta, dirige, calma a las religiosas de la Visitación de Santa María. Cuatro monasterios tiene ahora a su cargo, pues al de la rue Saint-Antoine se ha añadido el Refugio de Santa Magdalena (1629), el monasterio del Faubourg Saint-Jacques (1826), el de Saint Dednis (1639).

LAS GRANDES OBRAS NACIONALES

El gobierno de los cuatro sectores podía bastar para la ocupación y la gloria del Señor Vicente. Nos lo imaginamos de grado. Sus contemporáneos no lo veían así. Insensiblemente y sin quererlo entró en la vida de la nación. Se convirtió en su corazón, y recibió todas sus sacudidas.

En 1636, los Imperiales se ciernen sobre París y se apoderan de Corbie. San Lázaro se transforma en cuartel militar y en él se distribuyen armas a los soldados. *El tambor comienza a redoblar aquí*, escribe Vicente, *aunque no sean más que las siete de la mañana, de manera que desde las ocho llevan formadas ya en casa setenta y dos compañías... El establo, la leñera, las salas y el claustro están llenos de armas, y los patios de soldados.* El canciller Séguier pide veinte misioneros para que sirvan como capellanes de las tropas. Vicente puede suministrar solamente diez. Traza a su propósito un pequeño reglamento, luego les acompaña hasta Senlis. *4.000 soldados han cumplido ya con su deber en el tribunal de la penitencia*, escribirá Vicente en septiembre.

Pasa un año y el Señor Vicente se ve obligado a tomar en sus manos una nueva obra particularmente urgente: los niños expósitos (1638). Cada año se abandona a más de 300 niños en la casacuna de Saint-Landry o en las calles de París. *Luego, se los vende por ocho sueldos a pícaros que les rompen brazos y piernas o les dejan morir de hambre.* Se podía estimar que entre 1600 y 1638, habían muerto 1.200 desgraciaditos por falta de alimento y de cuidados. Vicente comienza por confiar algunos a Luisa de Marillac. Pero bien pronto toma la obra entera y le dedica una decena de Hijas de la Caridad, y hace se levanten 13 casas para acogerles. Dispone en 1647 del castillo de Bicêtre, en 1699 utiliza igualmente el hospicio de los Reclusos.

Comienza el año de 1639 y el Señor Vicente emprende su primera gran cruzada de caridad. En el mes de enero tiene conocimiento del extremo apuro de Lorena, asolada por la guerra, la peste, el hambre. Hace un llamamiento a las Damas de la Caridad y durante diez años, no cesa de enviar recursos. He aquí algunos balances de las miserias aliviadas, que Vicente de Paúl pudo establecer con ayuda de las cartas de los misioneros:

- en Verdun: se socorre de 400 a 600 pobres, se cuida de 50 a 60 enfermos, se ayuda a 30 pobres vergonzantes;
- en Metz: se sostiene de 4 a 5.000 mendigos;
- en Pont-á-Mousson: se alimenta a 500 mendigos;
- en Nancy: se atiende a 500 mendigos, 180 pobres vergonzantes. Toul no da noticia alguna, pero el Señor du Coudray se da en cuerpo y alma;
- en Saint-Mihiel: el Señor Guérin alimenta a 1.100 hambrientos;
- en Bar-le-Duc: los Señores Montevit y Boucher asisten permanentemente a 800 hambrientos y cuidan a 25 enfermos.

Estos centros de socorro son alimentados por el Hermano Mateo Regnard quien, logra pasar disfrazado por entre las huestes enemigas. Efectúa 53 viajes, transportando cada vez de 25 a 30.000 libras.

Desde San Lázaro, Vicente exhorta, consuela, aconseja, hace se tenga paciencia. Organiza misiones para los refugiados, recoge a las muchachas en peligro, va en ayuda de la Madre Catalina de Bar y de las Benedictinas del Santísimo Sacramento, organiza la red de socorros para la nobleza lorenesa.

Todas estas obras exponen a Vicente a las miradas de los grandes de este mundo. Los políticos le piden consejo y le atraen a su órbita. Impresionado por las Conferencias de los Martes y los retiros de los Ordenandos, Richelieu sostiene financieramente a Vicente. Le consulta sobre la validez del matrimonio de Gasten de Orléans y de Margarita de Lorena. El fundador de la Misión se aprovecha de estas audiencias para reclamar la paz y pide a Richelieu que sostenga a los Irlandeses. Luis XIII, siempre preocupado por la reforma de la Iglesia, obtiene del organizador de las Conferencias de los Martes la lista de los que juzga más dignos del Episcopado. Cuando siente que le abandonan las fuerzas, hace llamar al Padre Vicente junto a su lecho de muerte. Asimismo desde la formación del Consejo de Regencia, Ana de Austria comisiona al Señor Vicente. Sobre sus espaldas, ya pesadamente cargadas, se abate una nueva responsabilidad. Quiere huir, pero ¿dónde podría prestar más servicios a los pobres, ahora que se le reconoce de utilidad pública?

5.- Una actividad mundial - (1643-1660)

Cuando en el mes de junio de 1693 toma Vicente de Paúl por primera vez asiento en el Consejo de Conciencia, había cumplido los sesenta y tres años. Su actividad cobra unas dimensiones y un ritmo que nos desconciertan. Raya con el prodigio y hemos de contentarnos con examinarla en un vasto recorrido de su horizonte.

LA MISIÓN

Entre los suyos, en San Lázaro, preside las obras que radican en la Casa-Madre: los ejercicios de los ordenandos, los retiros de eclesiásticos y seculares. 200 personas se sientan diariamente en el refectorio. Redacta y° corrige las Reglas de los misioneros y las distribuye el 17 de mayo de 1658. Progresivamente, ha convencido a sus compañeros de la utilidad de los votos. En 1655, la Santa Sede aprueba su fórmula y el 25 de enero de 165(i, la mayoría de los misioneros renueva sus compromisos.

Dirige a las Visitandinas, preside su consejo, sostiene su vida espiritual mediante avisos escritos y conferencias.

Redacta o dicta como promedio una decena de cartas por día y a partir de 1695 y 1616 tiene que hacerse, ayudar por dos secretarios, el Hermano Ducournau y el Hermano Robineau.

Cada semana, da a los misioneros una conferencia y les hace dos repeticiones de oración.

La Congregación de la Misión se extiende no solamente por Francia; sino por Italia (Génova, Turín), por las Islas Británicas (Irlanda, Escocia). Para socorrer espiritualmente a los esclavos, los consulados de Túnez y Argel son ocupados por sacerdotes o hermanos de la Misión. En 1648, un pelotón de misioneros sale para Madagascar y, en 1651, otro para Polonia. Los «Martes» se desarrollan, y de provincias escriben a San Vicente pidiéndole consejo. Los hay ahora en Saintes, Marsella, Alés, Metz, Turín, Le Puy, Angulema, Angers, Burdeos, Val Richer.

HIJAS DE LA CARIDAD

Las Hijas de la Caridad tienen derecho a una conferencia mensual. Solamente se nos han conservado 120. Con paciencia, Vicente da los pasos necesarios para que se aprueben las Constituciones y llega a alcanzar en Roma al Cardenal de Retz, por entonces en ruptura con

Mazarino. El 18 de enero de 1655, JuanFrancisco-Pablo de Gondi aprueba la cuarta redacción de las Constituciones que recibirán la aprobación civil del rey y del parlamento en 1657 y en 1658.

DAMAS DE LA CARIDAD

En 1647, la miseria aumenta, el celo de las Damas de la Caridad baja y la obra de los niños expósitos está comprometida. Vicente se derrocha. Convoca a las Damas y les dirige una adjuración patética de sencillez y humanidad. Animo, señoras; la compasión y la caridad os han hecho adoptar a estas criaturitas por hijos vuestros; habéis sido sus madres según la gracia, después que sus madres según la naturaleza las abandonaron. Mirad ahora si queréis vosotras abandonarlas también. Cesad de ser sus madres para también haceros sus jueces: su vida y su muerte están en vuestras manos; voy a contar las voces y los sufragios; es tiempo de pronunciar su sentencia, y de saber si no queréis ya tener piedad de ellas. Vivirán si continuáis cuidándolas caritativamente; y en cambio morirán y perecerán infaliblemente si las abandonáis; la experiencia no os permite dudar. Ninguna sentencia de muerte se pronunció. Las Damas aceptaron inmediatamente convertirse de nuevo en protectoras de los pequeños abandonados.

6.- Los grandes acentos

Pero todo este trabajo no es más que una conclusión de las obras ya emprendidas, es en suma el de un gran director de obras. Desde 1643, Vicente se convierte en un ministro en el amplio sentido de la palabra, ministro sin cartera y sin secretaría y que señala su paso por el poder en cuatro sectores.

ADMINISTRACIÓN EN EL CONSEJO DE CONCIENCIA

El primero es el de la administración religiosa y de la moralidad pública. El Señor Vicente se opone a los Iluminados, hace se vigile la impresión de libros, pone fin a las comedias licenciosas y a las procesiones escandalosas. Emprende una campaña contra el duelo y la blasfemia. Vela muy especialmente por la justa distribución de los beneficios y por los nombramientos episcopales. Con la Compañía del Santísimo Sacramento, ayuda a la fundación de hospitales, emprende la visita de los presos, vela por el alojamiento de los sacerdotes vagabundos.

Es igualmente, desde 1642, vicario general de los Richelieu-Vignerod y vigila la regularidad de las abadías. Su papel aquí puede compararse al de un secretario de Estado para Asuntos Religiosos, o al de un Ministro del Interior, particularmente solícito por la moralidad pública y administrativa.

LA ASISTENCIA A LAS PROVINCIAS DEVASTADAS

El segundo sector es el que correspondería a un ministro para regiones devastadas. Desde 1639 no cesa de sostener Lorena. Entre 1650 y 1660 otras tres regiones reclaman su ayuda: Picardía, Champaña, Isla de Francia.

Apenas amainan las primeras sacudidas de la Fronda parisina, cuando ya debe Vicente organizar una nueva campaña de asistencia en favor de Picardía y Champaña, que las tropas metódicamente han saqueado, quemado, devastado. Instruido por la experiencia, Vicente lanza una campaña de información, de exhortaciones. Se distribuyen relaciones, mensuales inicialmente, de las que se tiran cuatro mil ejemplares. La última es de diciembre de 1655. El arzobispo de París escribe con este motivo una carta

pastoral. El Señor Antoine Lemaitre, ilustre abogado, publica *La limosna cristiana* y recuerda la tradición de la Iglesia tocante a la caridad para con los pobres; Antoine Godeau, futuro obispo de Vence da a la imprenta su *Exhortación a los parisinos en relación con la limosna*. Se organizan sermones, cada semana se reúnen las Damas de la Caridad y se reparten metódicamente las visitas. Ayudado por la Compañía del Santísimo Sacramento, el Señor Vicente nombra un intendente general de la Caridad: el Señor Berthe, luego el Señor Alméras. Van de un lado a otro recogiendo las peticiones que hacen, a través de los misioneros, los sacerdotes, los religiosos, las Hijas de la Caridad, las Cofradías de la Caridad. He aquí los boletines de miseria que descifran:

- en Guisa: 35 aldeas devastadas, 600 miserables, 500 enfermos;
- en Laon: 100 iglesias devastadas, sacerdotes y religiosos en la miseria;
- en Soissons: en 30 aldeas, 25 iglesias devastadas, 1.200 enfermos;
- en San Quintín: de 700 a 800 pobres, 1.200 refugiados, 350 enfermos, 300 familias en la miseria, 50 sacerdotes en la desnudez;
- en Reims: casi todas las iglesias están devastadas. Los sacerdotes andan dispersos, algunos han sido asesinados, otros heridos.

Pero la caridad hace frente a esta marea de miseria.

Se entierra a los muertos. Se evacúa a los refugiados, a los enfermos, a las religiosas, a los huérfanos, a las muchachas. Los enfermos transportables son hospitalizados. Se asigna a los sacerdotes un salario mensual. Se distribuye dinero, víveres, vestidos, paños. Se reorganiza la vida económica y religiosa suministrando herramientas, semillas... y objetos de culto.

Se instauran nuevas cofradías de la caridad. En total, se distribuyen 500.000 libras entre 1650 y 1660.

Una miseria nunca viene sola... Mientras en Picardía y Champaña las manos seguían tendidas hacia el Señor Vicente, en la Isla de Francia, miserias y enfermedades, asesinatos y saqueos, se sucedían a un ritmo infernal.

En 1652, había que llevar socorros a un tercer frente, cuando la miseria generalizada mermaba considerablemente los recursos. Pero ¿cómo permanecer insensibles a estas terribles angustias?

En Port-Royal, se había recogido a 240 religiosas, expulsadas y abandonadas. París veía multiplicarse los mendigos: se contó a más de 100.000. En el barrio de Saint-Médard, 11.800 familias estaban en la miseria y había otras 12.000 en el barrio de Saint-Marcel. Un centenar de personas moría diariamente en el Hôtel-Dieu. Cada mes contaba París cerca de 10.000 fallecimientos. El arrabal ofrecía un espectáculo repugnante y lamentable: 1.500 caballos se pudrían en Villeneuve-Saint-Georges. En Etampes y en Palaiseau, los moribundos se arrastraban «como lagartos sobre la carroña».

Pese a sus setenta y dos años, Vicente no duda un instante. En San Lázaro hace que se distribuya sopa a millares de pobres dos veces al día.

En junio de 1652, las Hijas de la Caridad alimentan en su casa-madre a 1.500 pobres y asisten a 800 refugiados. En la parroquia de San Pablo, dan de comer a 5.000 pobres y cuidan de 60 a 80 enfermos.

Vicente, por su parte, recoge a los eclesiásticos abandonados que andan errantes por la capital. Alquila una casa para las religiosas expulsadas de sus conventos y confía éstas a las Visitandinas. Las muchachas del campo reciben alojamiento, comida y protección en una casa del Faubourg Saint-Denis.

Utilizando experiencias precedentes, Vicente de Paúl perfecciona y ajusta su técnica caritativa. No solamente insiste en informar a todo el mundo, sino que organiza metódicamente la colecta. Las rectorías sirven de primeros depósitos. Los donativos son luego encauzados hacia el hospital de la Señora de Bretonvilliers o el hospital de Mandosse. Son los dos grandes puertos de embarque para los centros de distribución de Gonesse, Juvisy, Villeneuve-Saint-Georges.

Se organizan cuestaciones a domicilio, con carretas, entre la corporación de carniceros, de sombreros. Cada semana salen hacia los siniestrados del contorno de 5 a 6.000 libras de carne, de 2 a 3 millares de huevos, provisiones, vestidos, utensilios.

El arrabal está dividido en tantos sectores cuantas son las familias religiosas: Jesuitas, Recoletos, Carmelitas, Capuchinos, Picpucianos se hacen espiritual y materialmente cargo. Los misioneros del Señor Vicente trabajan especialmente en los contornos de Palaiseau y Etampes. El trabajo y la enfermedad los diezman, cuatro voluntarios ocupan inmediatamente su lugar. Y se continúa... mientras en Etrechy, Villeseneux, Saint-Arnoult, funcionan «marmitas» y se socorre a una treintena de aldeas.

LAS OPCIONES DOCTRINALES

En un tercer sector, el de la fe y de la vida religiosa, había que obrar con rapidez y energía. Vicente parece haber tomado personalmente partido contra los defensores de Jansenio desde el año 1641. Su presencia en el Consejo de Conciencia requiere una actitud sin equívocos. Habiendo Roma condenado, por la bula «In Eminentissimi», la doctrina de Jansenio, Vicente, para poner fin a las discusiones, convoca en 1649 a un grupo de obispos en San Lázaro. Anima al síndico de la facultad de París, que extrae las cinco proposiciones del Agustinus. Hace campaña para recabar la adhesión de los obispos y reúne 88 firmas. Para facilitar la sumisión de los Portroyalistas, va en persona a Port-Royal y conversa con los «Solitarios». Pese a su celo, que contribuye a pacificar los espíritus, los resultados no son maravillosos. Se le tenía sin duda en cuenta su oposición a Antoine Arnauld; en efecto, en 1648, ante el descenso de las comuniones pascuales en San Sulpicio (3.000 como mínimo) y en Saint-Nicolas-du-Chardonnet (1.500), había condenado en el Consejo de Conciencia y en público la excesivamente rigorista pastoral del batallador teólogo. De igual modo, en 1655-1656, cuando sobreviene el conflicto entre el Señor Picoté y del duque de Liancourt, estaba agotado su poder de mediador. Antes de que pudiese obtener la recomendación, las «Cartas Menores» del Señor Pascal transportaron el debate al foro. Los rientes estaban por Port-Royal, nada más había que hacer.

LAS OPCIONES POLÍTICAS

En el sector propiamente político, su actitud fue mucho más compleja. Aunque se prohibió a sí mismo intervenir en las querellas de los príncipes cristianos, de grado o por fuerza, a tiempo o a destiempo, debía tomar partido. Pero ¿cómo hubiera podido en la confusa refriega de la Fronda y de la Regencia, mantener a la vez los derechos de la moral, salvaguardar su simpatía y su reconocimiento para con el cardenal de Retz y oponerse a los manejos de Mazarino? Este, que estaba del lado de Vicente para neutralizar la influencia de Port-Royal y proteger la soberanía de Ana de Austria y del joven Luis XIV, no podía perdonarle su influencia sobre la reina. En sus cuadernos no puede contener la amarga traducción de su desconfianza.

La oposición estalló a vista de todos, cuando Vicente, en aquel 6 de enero de 1649, pidió a Mazarino que se retirase. Ana de Austria no sostuvo su petición y Vicente anduvo errante

seis meses por los caminos de Francia, antes de volver a París en el momento en que la corte regresaba allí.

Pese a toda la prudencia de Vicente, la lucha se hizo pública, en 1654-1655. Claramente, este último apoyaba al Cardenal de Retz, a quien Mazarino había hecho encarcelar en Vicennes, luego en Nantes. Cuando el fogoso arzobispo escapó, alcanzó España y llegó a Roma para instalarse en la casa de la Misión. Furioso, Mazarino obtuvo de Luis XIV la clausura de la casa de Roma. Pero fiel a sus bienhechores, Vicente se contentó con anunciar el acontecimiento a sus misioneros y pedirles dieran gracias a Dios, que había permitido a la Compañía practicar a la vez la obediencia al rey y el reconocimiento para con sus bienhechores.

Voluntariamente al margen de los conflictos, Ana de Austria testimonió siempre al Señor Vicente una benevolencia respetuosa. Sabía todo lo que hacía por los pobres y le ayudaba a socorrer Lorena, a los niños expósitos. En un impulso de generosidad, hasta puso en sus manos 18.000 libras en joyas.

Pero su gusto por la comedia y sus relaciones con Buckingham y Mazarino, limitaron considerablemente la influencia del Señor Vicente. Tuvo en política la mitad del éxito; su verdadera misión estaba en otra parte.

BALANCE Y RETRATO

Según su sueño y su plegaria, no se acostó. Murió con todas sus facultades, «con las armas en la mano». Desde aquel día de 1617 en que había tomado partido por los pobres, o sea, desde hacía 43 años, había luchado contra el pecado, la miseria, la fatiga y la enfermedad. Esta, en julio de 1660, le ató a su cuarto. Luchó y trabajó aún. Cuando cesaba el dolor, el sueño le aplanaba. *Llega el hermano, decía, a esperar a la hermana.* La muerte le iluminó literalmente. «Al expirar -nos dice un testigo- entregó en manos de Nuestro Señor su hermosa alma y permaneció sentado, como estaba, bello, más majestuoso y venerable que nunca».

Era el 27 de septiembre de 1660, a la hora de la oración. Subía la aurora suavemente.

En el gran vacío que dejaba, se apareció a los suyos de cuerpo entero, en su rica y desconcertante complejidad. En lo físico no era más que un campesino de poca talla - 1,62 m.-, pero amasado con cal y arena. Había trabajado como un gigante. Se pudo incluso aderezar sumariamente una cuenta de sus servicios.

Entre, 1628 y 1660, habían hecho los Ejercicios de 13 a 14.000 ordenandos. Sólo la casa de San Lázaro había dado cerca de un millar de misiones. San Lázaro y Bons-Enfants habían albergado a 20.000 ejercitantes. Cerca de 10.000 niños habían sido arrancados a una muerte segura. Centenares de millares de pobres habían sido socorridos.

El balance moral escapaba a las cifras. Uno comenzaba solamente a hacerse una idea. Había introducido una nueva forma de vida religiosa. Había sido uno de los más hábiles y pueo que el mejor reformador del clero. Su acción se había extendido a los religiosos, a los que había alentado, y al Episcopado, al que había depurado. Más que ningún otro, había devuelto el buen gusto a la predicación, un poco de sencillez, en una palabra, el tono y el sentido del Evangelio.

Y aun cuando todas sus obras llegaran a desaparecer, si todas sus conquistas se hubiesen perdido, quedaría él, el Señor Vicente, una fuerte inagotable (le riqueza y de fuerza. Gracias a él, durante algunos años, la invisible amistad de Dios había andado visiblemente trabada a través de los corazones y los cuerpos de los hombres.

HORARIO DEL SEÑOR VICENTE: 17 H.

Oración: 3 h. Trabajo: 9 h. 30. Ocupaciones diversas: 3 h. 30. 4: levantarse; 4.30: oración; 5.30: Misa y trabajo personal; 10.30: examen particular y almuerzo; 11.30: recreación; 12.30: trabajo personal; 14.00: recitación de Vísperas y trabajo personal; 17.00: recitación de Maitines; 17.45: cena; 18.15: recreación; 19.15: trabajo personal.

II.- LA DOCTRINA ESPIRITUAL

SORPRESA

Mucho le hubiese sorprendido oír hablar de su «doctrina espiritual»: se había guardado bien de publicar el menor anuncio para dar a conocer sus ideas o sus convicciones más queridas. Había dado a la estampa las *Reglas o constituciones comunes de la Congregación de la Misión*, pero no podía obrar de otra manera, y por lo demás no se consideraba enteramente responsable de este diminuto libro que había recogido progresivamente sus experiencias de vida religiosa en común. Como la mayoría de los fundadores, no quería dar sino una condensación del evangelio y señalar los medios más rápidos, los más simples y los más seguros para «hacer el evangelio efectivo» en una vida misionera. «Uno esperaba ver a un autor y halla a un hombre» (Pascal).

A poco que insistamos, nuestra sorpresa se convierte en decepción o... en distracción. Malicia aparte, había hecho todo lo necesario para que no se le tratase como a un autor. Había dejado a la Señorita Legras recoger, con arreglo a las conferencias, las enseñanzas que pudiesen servir a las ausentes. Revisaba a menudo el texto y hasta consentía en prestar su croquis para facilitar la reconstrucción (W, 23; m, 358-25 de enero de 1643-25 de agosto de 1646).

Su actitud con respecto a los misioneros era del todo diferente: si hubiese sabido que algunos tomaban por escrito sus conferencias, se hubiese sublevado. Por fortuna, nadie tuvo el mal gusto de pedir su consentimiento, Los Señores Alméras y Dehorgny, encargaron oficial y secretamente al Hermano Bertrand Ducournau de esta delicada tarea. El Señor Vicente no contaba más que con tres años de vida. En comparación con cuanto había dicho a los misioneros desde 1625, el botín fue bastante escaso (1/40).

¿Podría uno, terminado el inventario, discernir con claridad las constantes (le este pensamiento, captar su organización, pronunciarse acerca (le su originalidad`? Aun entre los suyos, subsistieron las vacilaciones.

INCERTIDUMBRE

El señor Guillaume Dellville que publica en 1656 un pequeño resumen del Instituto de la Congregación (le la Misión, pone entre las virtudes fundamentales la obediencia en lugar de la mortificación. Hasta el buen Hermano Ducournau, ferviente admirador del Señor Vicente, concede en el decurso de su instancia en pro de la transcripción de las pláticas, «que no dice de ordinario más que cosas comunes para las personas espirituales y los sabios, pero que las dice con fuerza. Cuando habla sobre las virtudes propias de los misioneros, las exalta en cuanto a la práctica y en cuanto a la expresión».

Nos tranquilizamos y comprendemos algo mejor las vacilaciones del primer biógrafo. En 1664, en la primera edición -la que se reproduce constantemente desde 18:39 hasta nuestros días- declara que la principal virtud del Señor Vicente era la Imitación de Nuestro Señor. En 1667, define el espíritu del señor Vicente por referencia a dos

virtudes esenciales: la imitación de Nuestro Señor y la conformidad con la voluntad de Dios. Como esta edición manual se convirtió en el texto clásico de 1667 a 1748, los lectores vicencianos no pensaron de otro modo. Pero en 1748, la Vida de Collet recogió la característica de una única virtud y no se contradijo el aserto, pues las reediciones de Abelly que entonces se publicaban recogían, no el texto de 1667, sino el de 1664, que designaba la imitación de Jesucristo como la única nota característica.

LAS DOS TENTACIONES

En estas condiciones, se concibe con facilidad que durante varios siglos, los biógrafos o los espirituales que abordaron al Señor Vicente no se hayan inquietado lo más mínimo: esta devoción a Cristo, este Cristocentrismo bastaba a todo... y hasta permitía sucumbir con buena conciencia a las dos tentaciones que alternaban.

La primera, a la cual no escapó el buen Abelly, fue la de dejarse fascinar por las obras. Desde la entrada del Señor Vicente en San Lázaro, las actividades se multiplican y dispersan la atención. Es un alarde seguir su desarrollo cronológico y señalar sus concordancias con la vida política y religiosa. Desmenuzado por las instituciones, Vicente fue pronto devorado por sus obras.

Desde 1643, los desplazamientos y la actividad en el Consejo de Regencia, transforman infaliblemente a Vicente en gestor de los asuntos nacionales. Se convierte en una función. Su rostro se pierde en un cuadro de conjunto. El espesor de los dos primeros libros de Abelly es una prueba (le peso. La hueste de los biógrafos, que después de la canonización del Señor Vicente se sucedieron en pelotones de tres o cuatro por año, nos arrastra habitualmente a una aventura que nos hace olvidar alegremente el misterio de la vida interior.

Para procurarse una buena conciencia y mantener el aspecto espiritual o edificante, bastaba con componer un libro de virtudes. Lo más sencillo y, se pensaba, lo más fructífero para la vida espiritual de los lectores, sería adosar a la vida de Vicente el cuadro o escala de las virtudes; las tres teologales y las cuatro cardinales, sin olvidar las virtudes anejas de las que el Señor Vicente más había hablado.

El procedimiento tan artificial como económico, sirvió a Abelly, Collet, Mansart, Maynard. Los autores modernos de trozos escogidos lo utilizan sin gran fatiga y los resultados, arlequinadas de textos arrancados a contextos diferentes por la psicología y la cronología, pretenden menos darnos un trazado exacto de la doctrina vicenciana que suministrar un alimento inmediato a la reflexión y a la oración.

La segunda tentación que viene a alternar con la primera o a reforzarla, fluye de la edición de las obras del Señor Vicente en 1881, y sobre todo en 1920-1925. Es la tentación del aplanamiento cuyas secuelas son tan variadas como imprevisibles. Ese bloque de cartas y de conferencias engendra primeramente un pesado respeto. El macizo de 8.000 páginas en su diversidad multiforme repele a los aventureros. Una inspección elemental ilumina todas las dificultades de una síntesis. Las cartas eran numerosas, unas cuatro mil, pero no representaban más que la octava parte de las que el Señor Vicente había expedido. Su diversidad iba del simple billete de agradecimiento a la carta circular, pasando por la carta de dirección y la hoja de comisión. No se podían ya ignorar las múltiples ocupaciones del Señor Vicente, pero en cambio, se podía dudar antes de precisar sus ideas maestras y sus preocupaciones dominantes. El reparto tan desigual de estos escritos en el tiempo no permitía en absoluto seguir la evolución y notar las adquisiciones de su vida espiritual. Tres cartas aisladas jalonaban la ruta de

1607 a 1624; 150 páginas de conferencias a los misioneros resumían la actividad de los años 1625-1645; 280 páginas de pláticas a las Hijas de la Caridad representaban la predicación mensual de 12 años (1633-1645). A decir verdad, cartas y conferencias no iluminaban bien sino los cinco últimos años, 1655-1660. No podíamos escuchar más que las palabras de un viejo, que hablaba entre los 75 y los 80 años.

Esas dificultades podrían servir de apología a los vicencianos que en lo sucesivo se aventuraron a hojear las cartas y las conferencias. Era muy necesario seguir un orden y clasificar los textos.

Algunos se contentaron con presentar «consignas», oraciones, pensamientos, elevaciones, etc. Estos florilegios sin pretensiones no estaban desprovistos de utilidad y encontraron siempre lectores y compradores.

Otros agruparon los textos y las consideraciones en torno a las exigencias de una función: el sacerdocio, la dirección de conciencia, el cuidado de los enfermos. Este espiguelo de textos para ornamentar unos alvéolos previamente vaciados no carecía de seguridad... pero en fin, habiendo hecho el Señor Vicente multitud de cosas y abordado a profesionales de todas las categorías, los segadores fueron siempre recompensados y los ramilletes fueron siempre agradables y beneficiosos.

Arrastrados más bien a los estudios espirituales o sociológicos, algunos autores se esforzaron por relacionar al Señor Vicente con algún jefe de escuela o algún maestro influyente. Vicente fue así examinando escrupulosamente partiendo de Bérulle, de Francisco de Sales e Ignacio de Loyola.

UNA DOCTRINA EN UNA VIDA

Dúctil y abundante, el Señor Vicente, pese a su gran condescendencia, escapa a las empresas de simplificación y de clasificación. Basta con frecuentarle algún tiempo para convencerse de que no es un especulativo. Ninguna originalidad doctrinal como en un Bérulle, un Olier, un Condren. De otro lado, cualquiera que sea su actitud cuando cita a Bérulle, remeda a Francisco de Sales, adopta sus comparaciones o hace suyos sus razonamientos, permanece independiente. No es discípulo en el sentido escolar de la palabra, como quien adopta espontáneamente los principios y las directivas de un maestro. No se confina a un solo director y a una sola escuela. Permanece abierto y acogedor para todos. Si se vuelve con predilección hacia algunos maestros (Bérulle, Francisco de Sales, Rodríguez, Vicente Ferrer, Benito de Canfiel, Duval...), toma su porción con una deferencia que salvaguarda su perfecta autonomía. Al adoptar adapta y a menudo transforma. La originalidad de aquél, que al hablar «exaltaba en cuanto a la práctica y en cuanto a la expresión» no está en la doctrina, sino *en la vida y en la experiencia*.

Tenemos buenas ocasiones de captar su fisonomía propia en los tres dominios en los que se sentía a sus anchas y donde aparecía como un maestro a sus contemporáneos: el de la experiencia, el de la fe, el de la prudencia y la experiencia

1.- La experiencia

Profesaba no ser más que un ignorante, se obstinaba en hacerse pasar por un escolar que se eterniza como una bestia en los bancos de la cuarta. Eso extasiaba a Saint-Cyran, a Lancelot, a Dom Gerberon y a algunos jansenistas. Utilizaron esas declaraciones para construirle una sólida reputación de ignorancia y de estrechez intelectual. Vicente no se preocupaba de ello siquiera.

Tenía conciencia del muy relativo valor de las grandes ideas, de los raciocinios, de los hermosos pensamientos en la oración, de los períodos sonoros de la predicación. Campesino sensible a las cosas concretas, habíale trabajado la curiosidad por los conocimientos empíricos: la alquimia, la terapéutica. Los argumentos invencibles que acciona un silogismo, las grandes teorías que nada menean en la vida de los demás parecíanle inconsistentes e irreales. No carecía de finura. Era de aquellos que están acostumbrados, según Pascal, «a juzgar por el sentimiento», que nada entienden en cosas de razonamiento pues quieren desde el comienzo penetrar viendo de una vez y no están acostumbrados a buscar los principios». Por su parte, Vicente afirmaba: *No se cree a un hombre porque sea sabio sino porque le estimamos bueno y le amamos. Nuestro Señor previno con su amor a aquellos a quienes indujo a creer en El.*

Sus ideas no son aislables o reductibles a proposiciones abstractas. Inspiradas y protegidas por el amor que las anima, se expresan en la vida que las desarrolla y prolonga. El amor no es en consecuencia de su pensamiento, al contrario, diríase, el pensamiento no es más que un hijo y una expresión de su amor. Su vida es experiencia, y esta experiencia conlleva y verifica una doctrina. Esto nos explica el movimiento fundamental de su existencia. No pasó de una idea a una acción o a una manera de vivir como si su resolución condensara el fruto de un retiro. Todo nos lleva a creer que incluso después de las conversaciones con el señor de Bérulle y el buen Señor Duval, su bagaje intelectual no era imponente. Entre 1613 y 1617, evoluciona desde la iniciación de una experiencia hasta un estado de vida deliberado, formula claramente lo que ha comenzado a vivir. Su espíritu está adherido a los acontecimientos y más todavía a las personas que interpretan los hechos. Purificado por la gracia y las pruebas, descifra los acontecimientos y se aplica a darles una respuesta. Cuando averigua que él, Vicente, debe remediar la ignorancia de los pobres y de los sacerdotes, se esfuerza por reconocer las condiciones que requiere esta misión. Una expresión familiar traduce el ritmo de su progreso y distingue las etapas de éste. *¡Hay que darse a Dios para servir a los pobres... para ir de misiones; para dirigir los seminarios, a los ordenandos... Es por haberse efectuado esta donación, por lo que podrá uno luego tomar la palabra, adoptar la práctica, las disposiciones más aptas y más caritativas para con quien se presente, bien recomendado sin duda, tal Francisco de Sales, Pedro de Bérulle, santa Teresa, san Ignacio, el Señor Duval, Benito de Canfield. El equilibrio del ser está en la acción que da verdad a su existencia. Esta acción consiste en hacer a Cristo presente y operante en uno mismo haciéndose uno presente a Él y obrando para El. En su nombre, In nomine Domini... En el nombre de Nuestro Señor Jesucristo.*

Hay que comenzar por la acción. Vicente subraya complacidamente cada palabra del Evangelio. *Búsquese, no es más que una palabra, mas paréceme que dice mucho; quiere decir que nos pongamos en la disposición de aspirar siempre a lo que se nos recomienda, de trabajar incesantemente por el reino de Dios y de no permanecer en estado laxo y detenido, de atender al interior para regularlo bien, y no al exterior para divertirse. Buscad, buscad, eso dice cuidado, eso dice acción. Se sabe asimismo su definición del amor y del celo: Si el amor de Dios es fuego, el celo es su llama.*

El Señor Vicente volvía a menudo sobre el resumen de la vida de Jesús que da el primer capítulo de los Hechos de los Apóstoles. Nuestro Señor «obró y enseñó». Partía de esa expresión para proclamar la indispensable prioridad de la acción. Si hay que ser antes de obrar, hace falta, antes de enseñar, actuar y practicar. *Hay que comenzar por establecer*

el reino de Dios en uno mismo y después en los demás. Hay que tender a la vida interior, y si se falta ahí, se falta en todo.

Esta acción no es solamente un gasto mecánico de fuerza o una satisfacción instintiva. Es una manera y sin duda, para el Señor Vicente la principal y puede que la única de unirse a una realidad invisible, a la voluntad de Dios y a Dios mismo. *Hay que santificar las propias ocupaciones buscando en ellas a Dios para encontrarle allí, más que para verlas hechas.* Sólo esta intención de rebasar lo visible atravesándolo da un valor a la acción.

Observando el término que contempla la acción se percibe uno de que no es un prototipo inmóvil; es una persona viva y amante: Cristo. *Nada me agrada, afirmaba Vicente, más que en Jesucristo.*

Esta polarización hacia una persona invisible da la orientación de su pensamiento profundo, su parcialidad, su manera de hablar. El Señor Vicente siembra sus discursos de aforismos, de citas, pero jamás utiliza éstas como principios absolutos, como cosas que constriñen. Son para él procedimientos, toques para evocar una vida. Hasta las máximas evangélicas son condensaciones de la vida de Cristo. No tienen fuerza por sí mismas, son solamente la expresión de la fuerza de Jesús, que se expresa por ellas y en ellas. *Nuestro Señor -y no tal sentencia evangélicas la regla de la Misión.*

2.- La fe

LA REALIDAD DE LO INVISIBLE EN CRISTO

Lo visible no es pues la única realidad. Todo lo contrario, no es ni siquiera una realidad, es una sombra. ¿Por qué extrañarse de los cambios y variaciones" La Escritura declara que jamás permanecemos en el mismo estado y vemos por lo demás a los hombres girar como veletas. Este cambio y estas variaciones denuncian la falsa solidez de lo creado. Quien construye sobre estas vanidades huecas e inconstantes es un necio.

El sabio y el hombre de buen sentido reclaman igualmente para construir y construirse, una base sólida, la roca que nadie ataca y que nadie conmueve. Al término de las indagaciones, será preciso convenir en que *solas las verdades eternas son capaces de llenar nuestro corazón.*

Pero Vicente no se detiene en los arquetipos etéreos o en las esencias eternas. Se apoya sobre todo en las enseñanzas y en las promesas evangélicas. Esta eternidad sólida es una vida, se concentra, diríase, en un rostro, el de Cristo.

El Cristo que el Señor Vicente contempla y adora no es el calco de una verdad eterna, es un ser histórico, es el enviado del Padre para salvar a los hombres. El amor del Padre le ha comisionado para esta empresa, que conlleva el anonadamiento de la Encarnación, los sufrimientos y la muerte. El Cristo misionero pone en movimiento a todo y en ese movimiento hay que colocarse. Todo hombre debe asociarse a esta misteriosa aventura del Verbo Encarnado.

Rápidamente, pero con mucha firmeza, Vicente nos da un retrato interior de Jesús. Del lado del Padre, el Hijo de Dios no es sino estima, honor, amor. Esta disposición le invita a darse y le opone fundamentalmente al mundo malo que es, según san Juan, concupiscencia de los ojos, concupiscencia de la carne, soberbia de la vida.

LA TERMINACIÓN EN CRISTO

Después de la muerte de Cristo no se ha interrumpido su vida. Prosigue en la Iglesia que la hace presente a todos los tiempos y en todos los lugares.

Pero esta presencia de Jesús es una viva expresión de su espíritu. De la misma manera que Jesús se dirigió a los pobres, apareció como un pobre, se nos representa por los pobres, la Iglesia de Jesús está centrada en los pobres y debe organizarse para ellos. Como Jesús, la Iglesia animada por el espíritu de Dios debe primeramente dirigirse a los pobres. Estos lo merecen evidentemente a los ojos de la fe, pues son lugartenientes privilegiados de Dios. Son ellos quienes abren las puertas de la eternidad. Quien sepa *volver la medalla* verá en ellos la imagen viva de la vida y de la muerte de Jesús.

Obran misteriosamente sobre nosotros. Por su presencia, nos piden que nos adaptemos a ellos. Tomando la actitud que Cristo tenía a su respecto, establece uno en sí mismo las disposiciones que preludian toda evangelización: el amor que previene tiene rostro de pobreza y de humildad.

Así se inicia la vida de Jesús en los corazones humanos. A decir verdad, esta vida se ha merecido gracias a la muerte de Jesús. Pero la muerte de Jesús no obra mecánicamente. Todavía menos inmediata y necesariamente. Depende de la aceptación humana y para vivir en Jesucristo hace falta consentir en morir con Jesucristo. ¿En qué consiste esta muerte mística instaurada por el bautismo? En una vida de mortificación o con toda exactitud en una vida semejante a la de Cristo en la tierra. Paradójicamente, morimos en Jesucristo mediante la vida de Jesucristo.

Esta vida por Cristo y en Cristo permanece escondida sin duda, misteriosa. No por eso deja de exigir esa muerte a sí mismo. Sin esa renuncia y esa humildad que vacían a un alma de sí misma, no se puede «verdaderamente» vivir en Cristo y Cristo no puede obrar en el alma. Es en las almas vacías de sí mismas donde Cristo no solamente subsiste, sino que actúa y obra. No hay vida ni acción sino en Jesucristo.

3.- La prudencia

«El Señor Vicente, declaraba el Padre Ch. de Condren, tiene el carácter de la prudencia». Esta prudencia consistía con toda precisión en ajustarse al modo del que la sabiduría eterna había vivido y hablado. Prudencia, camino de sencillez, pureza de intención, eran para el Señor Vicente todo uno.

¿Cómo obraba esa regulación conforme a la sabiduría eterna? Vicente apelaba muy a menudo a tres preceptos que daban a la vida en Cristo y en Dios su estilo y su cuño.

El primero concierne al enderezamiento y fijeza de la intención. *Hace falta*, repetía a menudo Vicente, *comenzar por Dios, mirar a Dios desde el comienzo, hace falta pedir una participación en el espíritu de Dios, una participación en la visión de Dios. Hace falta comenzar por las cosas de Dios, hay que hacer sus cosas, el hará las nuestras. Hay que ver las cosas como son en Dios y no como aparecen, de otra manera nos engañaríamos gravemente.*

El segundo precepto es a la vez una expresión y un control de esta fijeza en lo invisible. ¿Cómo saber si la acción que nos da a Dios nos asume totalmente? Si sostiene bien los «extremos».

Así al amor afectivo debe siempre corresponder el amor efectivo; de otra suerte es una ilusión. Igualmente, a la mortificación interior debe siempre corresponder la mortificación exterior, si no, *demuestra uno evidentemente no ser mortificado, ni interior tú exteriormente.* Aun el amor y la unión con Dios deben tener en cuenta un

tercer término. No *basta que yo ame a Dios*, asegura Vicente, si *mi prójimo no le ama*. Hay que unirse al prójimo para unirse a Dios.

La última regla concierne al régimen de la acción.

Lo mismo que la acción de Dios arraiga por decirlo así en la inmutable esencia divina, y son eternos e inmutables sus designios, así el término de la acción debe siempre ser firme e invariable.

Pero así como Dios varía su expresión para alcanzarnos, se refracta y parece progresar en el tiempo utilizando los acontecimientos cambiantes, así también hay que utilizar el tiempo y los acontecimientos para adaptarse más profundamente a Dios y comunicar literalmente con su querer y, no querer. *Firme e invariable en el fin, dulce y suave en los medios*, he ahí, para el Señor Vicente, el alma del buen régimen.

Estos tres preceptos dan a la doctrina del Señor Vicente, su fisonomía, sus rasgos característicos.

- La vida debe ensancharse sin cesar en la acción.

- La vida y la acción no tienen profundidad y verdad más que en la fe.

- La vida en la fe debe prolongarse sin cesar, adaptarse para mantener su intención de eternidad.

Según las vocaciones y los estados, Vicente calificaba los esfuerzos en términos de virtudes: la humildad, la sencillez, la mortificación, el celo, etc. Pedía cinco virtudes a los misioneros y no exigía más que tres a las Hijas de la Caridad. Cada cual, mirando al Señor Vicente, sabía muy bien lo que tenía que hacer. Era la prudencia viviente.

El Señor Vicente, se decía habitualmente, no cambia, el Señor Vicente es siempre el Señor Vicente. Evocaba claramente la inmutable ternura de Dios. A todos parecía asimismo prodigiosamente flexible y dúctil. Este intuitivo, cuyas emociones e impulsos hubiesen podido provocar catástrofes, chocaba a sus interlocutores por su reserva y provocaba en torno a sí un apaciguamiento que muchos consideraban como milagroso. Su alma se ejercitaba y se desplegaba en la presentación siempre concreta y muy clara de sus pensamientos y de sus sentimientos. Hablaba pasando sin esfuerzo de una consideración a una escena viva, casando con gracia lo visible y lo invisible, aliando asimismo la finura gascona al respeto y a la afectuosa hombría de bien. Más que un recuerdo, su conversación era una presentación de Jesús, una puesta en presencia de su misterio en los pobres.

4.- El espíritu y el misterio de la caridad

Y sin embargo, quien quisiera reducir la doctrina del Señor Vicente a esos tres preceptos, se arriesgaría mucho a dejar escapar lo mejor de su espíritu.

Observémosle dirigiéndose a los misioneros y a las Hijas de la Caridad, a los ignorantes o a los espirituales: su discurso no es más que un «signo», su doctrina no es más que la envoltura a menudo parcial y siempre efímera de un espíritu que ha de sobrevivirle. Considerados en sí y por sí mismos esos revestimientos protectores dan el cambio y deforman. Reducen y atosigan lo que tenían la misión de salvaguardar y de proclamar. De la misma suerte «una doctrina espiritual» reducida a esas articulaciones esqueléticas o a esas consideraciones edificantes no es ya un alimento capaz de sostener un esfuerzo o de inclinar un alma a Dios: es un residuo.

Pese a su pasión por catequizar, el Señor Vicente, ese campesino hecho santo, parece especialmente agraciado para implantar esta convicción en todas las sazones de la vida. La doctrina no es colección de conceptos o encadenamiento de principios, es el

esfuerzo de una vida que ensaya a secundar el despliegue de otra vida: la vida de Jesús en las almas. El valor de una enseñanza no se mide pues por lo que concentra o lo que retiene, sino por lo que evoca o recuerda.

El Señor Vicente desalienta con una sonrisa todas las consagraciones de fórmula, todas las canonizaciones de método. Había tenido por táctica rehusar los exorcismos espectaculares y abordar al demonio, lejos del teatro, entre bastidores y en particular. Usa de las mismas industrias y rechaza suavemente las sistematizaciones simplificadoras. Ama el orden, el rigor, el método, las precisiones, sin duda alguna, pero no se deja cifrar en fórmulas aritméticas. Su espíritu pasa a través de las palabras. Según la vocación que sus oyentes cambia el contenido de sus expresiones y orienta a los misioneros en la humildad y a las Hijas de la Caridad en la sencillez. Con toda seguridad, hacen falta cinco virtudes, para ser buen «continuador de Jesús»: la humildad, la sencillez, la mortificación, la mansedumbre y el celo, pero basta con tres virtudes: la caridad, la humildad y la sencillez para convertirse en una verdadera hija de Dios. No hay error posible. Cada cual, mirando al Señor Vicente, sabía no solamente lo que tenía que ser sino todo lo que debía hacer. Invenciblemente, hacía olvidar las palabras y las frases, ponía frente por frente de la tarea esencial: despojarse de sí, ofrecerse a Cristo, al que da a las almas. ¿Qué importa el que se inviertan o se alternen las fórmulas? *Hay que despojarse de sí, para llenarse de Dios, hay que darse a Dios para despojarse de sí.* Lo esencial, se ve y se siente, es darse.

La misma libertad respecto a las palabras, cuyo contenido espiritual se renueva. La uniformidad religiosa tiene sus exigencias y él lo recuerda, la continuidad se opone a la naturaleza y la constriñe para razonarla. Pero la fijación, la esclerosis, el inmovilismo, son también las enfermedades mortales del alma. Quien se repite sin cesar, varía más de lo que piensa porque se deteriora. El secreto de la continuidad está en la fidelidad. Sin pausa, Dios trabaja; también sin tregua, nos invita a asociarnos a sus iniciativas, a secundar sus ingeniosidades, a hacer que se desplieguen las múltiples formas de su único amor.

Seamos firmes, no desistamos, tales son las consignas. Pero también, qué error cerrarse sobre sí mismo en nombre de un principio. La firmeza es una ductilidad permanente. Se desarrolla como una energía vital. Se fortifica y enriquece en la voluntad de unirse a todos, en la intención nunca totalmente ilusoria de hacer que se derritan al sol *de la bondad divina* las corazas de amor propio más duras que acero templado.

Humilde y tenaz, Vicente cursa así su noviciado de la caridad. Los mejores sujetos saben que no profesarán más que en la eternidad. Aquí abajo, las fiebres debilitadoras suceden a las fiebres dinámicas, los espejismos falaces hurtan las certidumbres primeras. ¿Quién llega jamás a desechar definitivamente esos fantasmas de caridad que vagabundean desde las puertas del Edén hasta las sesiones del juicio de Dios? Solos los pobres, esos míseros vivientes, tienen algún poder sobre ellos. Pero nadie tiene derecho a servirse de éstos como de un instrumento. Sería sacrilegio. Aun para un buen fin, «la caridad» no puede colonizar a los pobres. Un paternalismo mal bautizado no es más que una añagaza tan repugnante como el egoísmo sentimental que emplea el sufrimiento de los pobres como desagüe de su piedad.

El Pobre de Dios que Vicente introduce en la conversación no garantiza la buena conciencia, al contrario la inquieta. No olvida al verdadero Dios pues no puede tolerar su ausencia. Es que en efecto recibe su poder y su nobleza del Cristo humillado que no tiene más que esta voz para hacerse oír bien. La vocación eterna del pobre consiste en

denunciar *la sensualidad que se entromete por doquier*. Su poder es extremo, su clarividencia temible. En la Iglesia, es un rico, un Señor. Por dondequiera que pasa, puede prender el fuego que no muere. Pese a su garbo de indigente, nutre a todos los que viven para servirle. El Señor Vicente se convirtió en uno de sus primeros clientes. A los hambrientos de Dios que le rodean y le piden una «doctrina», tiende silenciosamente el pan de los pobres.

III.- Tradición e inspiración

En aquel sillón próximo al fuego donde, el 27 de septiembre de 1660, se había dormido el Señor Vicente, no podría su espíritu permanecer en reposo. Comenzaba una nueva carrera. Continuaba activo

- en las instituciones que había fundado,
- en las orientaciones religiosas que guiaría,
- en los movimientos del espíritu y del corazón que no cesaría de imantar.

LA TRADICIÓN DE LAS INSTITUCIONES

En aquel año de 1667, cuando el Señor René Alméras sucedió al Señor Vicente, la organización de las dos familias religiosas estaba prácticamente acabada. Los Superiores mayores de los Sacerdotes de la Misión y de las Hijas de la Caridad abrigaban por lo demás una devoción tal hacia el fundador, que hubiesen creído cometer un sacrilegio cambiando la menor práctica querida o simplemente deseada por el santo «Institutor». Fue su principal cuidado alimentar la devoción al Señor Vicente, hacer se escribiera su vida y sobre todo mantener las instituciones en el espíritu que las había hecho vivir.

1.- La expansión de las obras (1660-1960)

Esta ambición fue común a todos los superiores generales que se sucedieron hasta la Revolución francesa en la Central de la Caridad en que se había convertido San Lázaro. Entre ellos, dos sobre todo aparecen como maestros de obras, y marcaron profundamente la vida de la doble familia religiosa.

El primero, Señor E. Jolly, a quien el Señor Vicente había ya señalado a la Duquesa de Aiguillon como su sucesor, tuvo durante 24 años el destino de las obras vicencianas en sus manos. Carácter imperioso, capaz de encararse con Luis XIV y con Louvois, transformó totalmente la casa de San Lázaro y abrió no menos de 40 nuevas casas entre 1673 y 1697. El segundo, Jean Bonnet. (1711-1715), administrador consumado y pastor vigilante, tomó netamente posición contra las formas más corrientes del Jansenismo y no dudó en despedir a una veintena de súbditos. Presidió asimismo las fiestas de la beatificación del señor Vicente (1729), la cual había sido preparada, en París y en Roma, por los trabajos del señor Pierron (1697-1703). Pero fue el señor Couty, séptimo general (1736-1713) quien asistió a la canonización del bienaventurado Vicente por el papa Inocencio XII.

Sin ruido, pero sin interrupción, misioneros e Hijas de la Caridad entregáronse en las obras creadas por el señor Vicente. La de los seminarios se desarrolló considerablemente, y la Congregación de la Misión aseguraba la dirección de 56 seminarios diocesanos. Muy deferentes con el poder real, los superiores generales se resignaron a aceptar algunas obras que juzgaron poco conformes a la primera

orientación de la Compañía. Así es como en 1661, los lazaristas, por petición de Ana de Austria, se establecieron en la Real Parroquia de Fontainebleau. En 1674, sirvieron la real parroquia de Notre-Dame de Versailles y, a este título, fueron capellanes de la Corte. Los feligreses y cortesanos de esta época recordaron largo tiempo al señor François Hébert (1651-1730), que fue durante veinte años el párroco del Gran rey. “Es uno de los mejores predicadores del reino”, proclamada Boursaloue. Nadie sabía entonces que, además, de los cuatro volúmenes de sermones que publicó, guardaba todavía sesenta volúmenes de sermones redactados en latín. En recompensa de su celo, Luis XIV le nombró obispo de Agen. Cosa que habría ciertamente contrariado al Padre Vicente.

Fue igualmente por orden del Rey como los lazaristas, «los barbiches», como se les llamaba entonces, se hicieron capellanes del Hôtel des Invalides (1674), y de la real casa de Saint-Cyr (1690). Tuvieron asimismo que aceptar el curato de Saint-Louis-desInvalides (1727) y del hospital de Saint-Cloud (1688).

FUERA DE FRANCIA

Fuera de Francia, se abrieron numerosas casas. Así es como se fundaron en Italia 17 casas entre 1669 y 1734. En Polonia, en Rusia, en la Prusia polaca, se erigieron 17 casas entre 1677 y 1719.

La misión española comenzó en 1704 en Barcelona. Lisboa acogió a los misioneros en 1734, Hungría en 1762, Heidelberg en 1781.

Absorbida por las obras europeas, durante los 130 años que precedieron a la Revolución no había desplegado su celo misionero más que en tres sectores.

En Túnez y en África del Norte.

En Madagascar (le 1648 a 1674, de donde los misioneros emigraron a la Isla de Bourbon en 1712 y a la Isla Mauricio en 1722. En China, donde después de las infructuosas tentativas de los Señores Appiani, Mullener y Pedrini, la Compañía no tenía ni un misionero más en 1746.

En 1791, la Misión contaba 168 casas. En Francia llevaba 55 seminarios, reforzados habitualmente por una parroquia o por una casa-misión. Sumaba en Francia 990 personas (508 sacerdotes, 262 coadjutores y casi doscientos clérigos).

LAS HIJAS DE LA CARIDAD

Las Hijas de la Caridad habían conocido un desarrollo de igual envergadura.

En 1668, en el momento en que el cardenal de Vendôme, legado de la Santa Sede, aprobada una vez más las constituciones, se habían establecido en 60 localidades. Medio siglo después estaban presentes en 300 casas. En 1790, contaba la comunidad 450 casas, 20 de ellas en Polonia. 120 novicias había en la Casa-Madre de París y 4.300 hermanas en las casas de caridad.

La Revolución francesa y los disturbios que siguieron asestaron un terrible golpe a las dos familias religiosas. Aunque la Casa-Madre de las Hijas de la Caridad fue respetada, se entró a saco en el priorato de San Lázaro el 73 de julio de 1789. En 1792, en, el Seminario de Saint-Firmin, antiguo Colegio des Bons-Enfants, degollaron los «septembristas» a los misioneros y arrojaron sus cadáveres por las ventanas.

Se ejecutó a Hermanas en Arras, Angers, Mayenne, Dax. Al salir de la tormenta, fueron precisos años para que se reanudaran las actividades.

Las Hijas de la caridad habían abandonado la casa de Saintl-Laurent, casi enteramente destruida. Instaláronse primero en la rue du Vieux-Colombier (en la casa que sirve actualmente como cuartel a los zapadores-bomberos). Allí es donde Pío VII vino a bendecirlas el 23 de diciembre de 1804, y donde tomaron de nuevo el «hábito», y luego renovaron los votos en la misa del cardenal Fesch, el 25 de marzo de 1805. En razón de un reclutamiento particularmente floreciente (283 casas en 1806), se instalaron en el Hotel Chatillon, rue du Bac, el 28 de junio de 1815 (actualmente 140, rue du Bac).

La unión de la Misión y de la Compañía de las Hijas de la Caridad, comprometida un momento por la voluntad de Napoleón I, quien había hecho encarcelar al vicario general de la Misión, Señor Hanon, fue restablecida a la caída del emperador, bajo el generalato de la madre Elisabeth Baudet.

LA MISIÓN

La prueba impuesta a la Misión había sido particularmente cruel. Echado de San Lázaro, el Superior General había muerto en Roma el 12 de febrero de 1800. Había sido remplazado por un vicario general, el Señor Fr. Brunet, a quien sucedió el señor Hanon. Pero las reyertas de este último con Napoleón, que quería confiar las Hijas de la Caridad a los obispos, retardaron Considerablemente la reorganización de la Misión. Sucesivamente, suprimida por la Convención el 6 de abril de 1792, la Compañía fue restablecida por un decreto de Napoleón el 27 de mayo de 1804. El 26 de septiembre de 1809, era de nuevo suprimida y se metía en la cárcel al señor Hanon. Hubo que esperar a la caída del Emperador para que la Compañía recobrara su existencia legal (3 de febrero de 1816). Un año después, los misioneros se instalaron en el Hotel de Lorges, 95, rue de Sévres, el 9 de noviembre de 1817. En la capilla que hicieron edificar en 1826 se recibieron solemnemente las reliquias de san Vicente el 24 de abril de 1830. También ellas habían emigrado en 1792.

Las pérdidas sufridas por el personal no eran menos considerables. De los 508 sacerdotes que componían en 1792, el personal de las provincias francesas, apenas un centenar estaba a disposición del Superior general en 1809.

RENACIMIENTO

Tres superiores generales fueron los artífices del renacimiento en el siglo XIX: el Señor J.B. Etienne, que fue llamado segundo fundador, el Señor Eugéne Boré y el Señor Antoine Fiat. Por cuidados suyos, recobró la Congregación no sólo sus antiguas funciones, sino que adquirió una fisonomía misionera que apareció entonces como una de sus características.

En China, los Lazaristas recogieron parcialmente la sucesión de los Jesuitas cuya Compañía había sido disuelta por Clemente XIV. En Levante, abrieron casas en Constantinopla, Esmirna, Naxos, Santorin, Salónica, Damasco, Alepo, Trípoli y Antoura. En 1815, entraron en Estados Unidos. En 1818, en Brasil, en 1839 en Abisinia, en 1841 en Persia, en 1844 en Egipto y en Méjico, en 1835 en Chile, en 1858 en Perú, en 1859 en la República Argentina, en 1862 en Guatemala y Filipinas, en 1863 en las Antillas, en 1870 en Ecuador, en 1877 en Colombia, en Panamá y en Costa Rica, en 1880 en Paraguay, en 1884 en Uruguay, en 1885 en Australia, en 1898 en San Salvador, en 1900 en Palestina. En 1896, el 28 de enero, la Santa Sede les confiaba la parte meridional de Madagascar.

En 1905, penetraban en Bolivia, en 1910 en la República de Honduras, en 1921 en las Islas Británicas, en 1923 en la Isla de Java, en 1925 en el Congo Belga, en 1955 en Canadá, en 1956 en Viet-Nam.

Pese a las leyes de separación, las guerras mundiales y la persecución que causó estragos en los países de obediencia marxista, la Congregación de la Misión, en 1976, cuenta: 3.863 sacerdotes, 397 coadjutores, 587 miembros (clérigos y coadjutores) no vinculados aún definitivamente, es decir, 4.906 miembros, de los que una treintena son obispos.

La Compañía de las Hijas de la Caridad cuenta, en 1960: 4.211 establecimientos y cerca de 45.000 súbditas. Representa 1/20 de las religiosas del mundo entero.

2. Las dos expresiones del espíritu vicenciano

Retrocedamos ahora un poco. Los tres siglos de historia de la caridad, sostenidos por la misma inspiración, dan origen sin embargo a dos tipos psicológicos, dos comportamientos de la gracia. Estos determinan dos maneras de prolongar la obra del Señor Vicente y de serle profunda y totalmente fiel.

TIPO MISIONERO

La primera manera caracteriza a un tipo de hombres y de mujeres a quienes se llamará fácilmente misioneros, si se designa así al espíritu de iniciativa y de aventura, al gusto del riesgo y al vigor en la adaptación.

Cualquiera que sea su tierra de origen, estos vicencianos ricos en gracias prevenientes, gravitan naturalmente hacia las obras arduas y las conquistas difíciles. Herederos de un sólido temperamento, marcan su existencia con creaciones originales, y disfrazan sus actitudes innovadoras con una bondadosa sonrisa, expresión de una fundamental modestia que desarma.

En este grupo que sospecha su fuerza e ignora su originalidad, encontramos a los grandes obispos misioneros de China y Etiopía, a pioneros tales como el Señor Appiani, MullEner, los Padres Huc y Gahet, san Justino de Jacobis y el beato Chebra Miguel. Acompañan a éstos sin esfuerzo, ciertos lazaristas de garbo proconsular como el Señor Joseph Baetemann, el Señor Lobry, Sarloutte. Coulbeaux. Si estos misioneros a toda vela tuvieran necesidad de patronos o de protectores, escogerían al Beato JuanGabriel Perboyre, martirizado en China en 1840, o al Beato Francisco-Réqis Clet. Pero no pensaron en ello siquiera, pues tenían la sensación de su propia vida. Nunca carecerán de admiradores, y si no encuentran memorialistas, es que bastará a la Iglesia con que hayan existido.

«CONTEMPLATIVOS»

Menos visible y menos encantador, un tipo psicológico de Lazarista traza en estos tres siglos una segunda tradición vicenciana. Los hombres que la forman se asemejan a los Cartujos cuyo silencio honran, y se confunden con los pedagogos que dan su existencia a crédito en fastidiosas repeticiones. Reúnenlos los seminarios mayores y menores y ahí acuartelan ellos sus valores. Ahí se asumen los riesgos silenciosamente, y la aventura gira entre las cuatro paredes del cuarto y del aula.

Exteriormente, estos vicencianos no tienen garbo valiente. Una presencia modesta y a menudo enjuta les aleja de los salones mundanos. Si se extravían en éstos, son presa del tedio, pues saben que su gracia esta en otra parte. Criados por el trabajo, educados por

la sencillez, sueñan siempre con ser los verdaderos amigos de los pequeños y de los pobres. Su vocación consiste en acogida, apaciguamiento, renuncia de sí propio y también en la sencillez que facilita la comunión de los corazones.

¿Tienen necesidad de antepasados? Pueden, si lo desean, apelar al buen Señor du Coudray al que el Señor Vicente prohibió traducir la biblia siríaca para la poliglota del Padre Morin. En todo caso, no osarían conversar mucho tiempo con el Señor Jacques Corborand de la Fosse, hebraísta desatinado y original embarazoso. Fue el Desmarets de Saint-Sorlin de la naciente Compañía. Pierre Collet -1693-1770- trabajador sañudo, y teólogo estimado, les serena. Su oposición a la teología jansenista, su sólida biografía de san Vicente les permite imaginar la cultura de que daban prueba los mejores profesores del siglo XVIII. Y, a buen seguro, estos hombres se sienten como en familia con el Señor Renato Rogue, ejecutado en 1796, con los Señores François y Gruyer, degollados en 1792, pues estos beatos que enseñaron en los seminarios, estos colegas, podrían ser sus patronos y sus abogados.

Más cerca de nosotros, al alcance de la mano y del corazón, ciertas siluetas vicencianas prolongan aún y diversifican esta tradición. Piensa uno en el laborioso Padre Coste, infatigable editor de las obras de san Vicente, en el anciano Padre Parrang que se rejuvenecían en los Archivos Nacionales, en el entusiasta Padre Joseph Guichard y en el tenaz Padre C,h.-F. Jean, quien a los 42 años aprendió el babilónico y enseñó 25 años en la Escuela del Louvre.

Pero sobre todo, dos «grandes hombres» ilustran esta tradición contemplativa, que se nutre de esperanzas y de éxitos ocultos. Emplazados ambos en la conjunción de los siglos xix y xx, habían nacido para ser mediadores.

El primero, de tronco genovés, Fernand Portal, se sentía llamado a un apostolado de la amistad. No se cree a uno porque sea muy sabio sino porque le juzgamos bueno y le amamos, hábale dicho el Señor Vicente. Gracias a la amistad trabada con Lord Halifax, el Señor Portal consiguió que hablaran amigablemente los católicos y los protestantes en aquellas conversaciones de Malinas presididas por el cardenal Mercier. Los discípulos del Señor Portal, el abate Gratieux, el canónigo Hemner, el Padre Viller, s. j., por no citar mas que a los desaparecidos, fueron amigos y obreros de esta unidad que ronda más que nunca al cristianismo contemporáneo.

El segundo grande», Guillaume Pouget, hijo de Auvergne, tuvo una carrera oscura y una vocación de emparedado. Ciego enamorado de la luz, fascinaba por su fabulosa memoria. Pero era asimismo un sañudo exegeta y un pensador... que se desconocía. Este «Sócrates cristiano», como le llama Claudel, halló por fortuna en Jean Guilton a un Platón simpático y seductor. Si se reúnen los nombres de algunos de los que se honraron escuchando al Padre Pouget: Jacques Chevalier, Emmanuel Mounier, Maurice Legendre..., se asombra uno de la profundidad y de los secretos de su caridad.

Su encuentro con Lord Halifax y sus conversaciones con Henri Bergson quedan como acontecimientos simbólicos y reveladores de esa mística y de la sencillez. Buenos y piadosos doctores, decía el Señor Vicente, evocando el recuerdo del buen Señor Duval, son los tesoros de la Iglesia.

Se podría asimismo, sin gran esfuerzo, discernir en la historia de la Caridad femenina, el croquis y el esbozo de una doble tradición. La primera, emparentada con santa Luisa y santa Catalina Labouré, se ve invenciblemente empujada a honrar la humilde entrega de la Virgen, de aquella que al decir de san Vicente, habla y ruega por los que no saben hablar. La segunda tendencia, de estilo más «social», invoca y secretamente recorta una mujer de gran

corazón, sor Rosalie Rendu. Es ésta una patrona siempre disponible, pues en el barrio Mauffetard donde vivió hace casi un siglo y donde se entregó hasta expirar, continúa invisible su ronda.

LA INFLUENCIA RELIGIOSA

Si fuera de las dos congregaciones religiosas que había fundado, el Señor Vicente hubiese cesado de trabajar, se acusaría a sí mismo eternamente de ser un hombre de pequeña periferia y un bienaventurado indolente. No pudo por lo demás a su muerte abandonar las obras que había apadrinado y su actividad en la vida religiosa de la Iglesia tomó formas nuevas.

3.- Las acciones de socorro

¿Qué ocurrió con las obras de socorro organizadas por el Señor Vicente?

Las Damas de la Caridad no pudieron subsistir en medio de la Revolución francesa, pero resucitaron en el siglo XIX. Actualmente, siempre bajo la dirección del sucesor de san Vicente de Paúl, y envueltas en la vida del mundo, cuentan 450.000 miembros (90.000 en Francia, 5.000 para la diócesis de París). Actúan especialmente en Italia, en Polonia, en Bélgica, en Estados Unidos, en Méjico y en Brasil. En 1911, se fundó una filial de las Damas de la Caridad, «Las Luisas de Marillac», la alegría de los abuelos y de las abuelas. Son actualmente 35.000.

Las caridades masculinas, soñadas en otro tiempo por el Señor Vicente, se convirtieron en 1833, por el espíritu, la tenacidad y la gracia de Federico de Ozanam, en una realidad viviente. Pese a los críticos que periódicamente las asaltan, las Conferencias de San Vicente de Paúl han realizado una obra inmensa. En nuestro mundo cíclico 1975, en el que se desarrollan 36.000 conferencias, se pueden contar más de 650.000 conferencistas repartidos por los cinco continentes (109 países).

En todo caso, como el Señor Vicente no podía ya poner cuidadosamente a punto las obras que ayudaran a los pobres humanos a luchar contra las nuevas formas del pecado y de la miseria, discretamente, sin queja ni amargura, dio su «consejo». Pueden sin juicio temerario, hacerse recaer sobre él sospechas de que haya inspirado, sostenido, protegido las grandes iniciativas que responden a sus deseos. ¿Quién no evoca hoy al Padre Vicente ante el Secours Catholique organizado por Mons. Rhodain, ante la ayuda a los sans-logis lanzada y valerosamente sostenida por el abbé Pierre, ante la reorganización de las personnes déplacés emprendida por el P. Pire?

4.- Las nuevas formas de vida religiosa

En el terreno de las religiosas donde ejerció una vez su función de animador y de reformador, el Señor Vicente sigue pacíficamente trabajando.

No pudiendo gobernar las Comunidades o dirigir las conciencias, místicamente, se adapta y renueva sus funciones. Previene y enseña, sugiere y aconseja. Hay que proponer, decía, a la manera de los ángeles, como me lo ha enseñado el cardenal de Bérulle.

Gracias al Señor Vicente, gracias a la tenacidad que desplegó para hacer que se aprobasen las constituciones de los lazaristas y de las Hijas de la Caridad, la mayoría de las congregaciones religiosas de los siglos XVII, XVIII y XIX adoptaron un nuevo estilo de existencia: las prácticas monásticas dejaron entre ellas de ser tan numerosas, la ascesis individual y colectiva se organizó a partir de las exigencias a menudo agotadoras del apostolado moderno. Cuando dejéis la oración para asistir a un enfermo, precisaba el

Señor Vicente a las Hijas de la Caridad, dejáis a Dios por Dios. Cuidad al enfermo, eso es oración.

Que estas nuevas comunidades de hombres o de mujeres copien o no las reglas de los misioneros o de las Hijas de la Caridad (Hermanas de la Caridad de Clément-Auguste: 1808; Hermanas de Tilbourg) que tomen a san Vicente como patrón o COMO protector (Hermanas de la Caridad de Besançon - 1799, Hermanas de la divina Providencia de Ribeuville, Hermanas de san Vicente de Paffl del Padre Le Prévost - 1845; Hijos e Hijas de la Caridad del Padre Anizan - 1918) todos, propónense un fin que el Señor Vicente hoy se propondría y ponen en marcha métodos y un espíritu que él no negaría.

Fue para transportar la Caridad vicenciana a otros dominios como fundó san Alfonso de Liguori, en 1732, la Congregación del Santísimo Redentor (7.200 miembros en 1975) y como creó san Juan Bosco, en 1841, los Salesianos (18.972 miembros en 1974).

Actualmente, más de cien comunidades religiosas se orientan, de cerca o de lejos, por la barquilla del Señor Vicente y observan su estela. Dejemos a Dios guiar nuestra barquilla, decía a cuantos se asustaban, él la preservará del naufragio.

5.- Expresiones de la piedad

Rebasando las estructuras sociales de la vida religiosa, es en el corazón mismo de la vida de piedad donde el señor Vicente continúa presente y prosigue su vocación de educador religioso.

Existe en efecto una vida interior que se puede llamar vicenciana, no sólo porque se ajusta invariablemente a los reglamentos dados por el Señor Vicente, sino, más bien, porque adopta sus miras sobre el hombre y sobre Dios. Por fidelidad y por afinidad conjuntamente, gusta de sus temas de oración y de pensamiento. Asume su psicología y se convierte en su prudencia. En una palabra, mira y modela su vida en ese espejo que es el alma viviente del Señor Vicente.

Algunos signos delatan rápidamente su secreta pertenencia. Esa no testimonia sino una benevolencia limitada para las formas extraordinarias del sentimiento religioso. La oposición de Vicente y ciertos fenómenos presobrenaturales, su conducta para con los iluminados de todo género, arman en contra sus reflejos y vacunan su sensibilidad. La lectura periódica de la conferencia sobre las ilusiones, sería, si hubiese necesidad, un rito simple, higiénico y eficaz.

Ante los fenómenos místicos manifiesta una prolongada reserva. Sin duda los conocía el Señor Vicente por experiencia, pero le resultaban sospechosos por no tener bastante en cuenta las tretas del demonio y las Gtugas del servicio terrestre. Después de todo ¿no puede creerse que los éxtasis son más nocivos que útiles?

Concorde con el Señor Vicente para oponerse a las tesis del Señor Antoine Arnauld, preconiza una participación frecuente en los misterios eucarísticos y en las purificaciones del sacramento de la penitencia. Ahí reconoce las dos fuentes y los dos signos de una excelente salud sobrenatural.

Pero paradójicamente, esta piedad vicenciana propone y conjuga dos actitudes que parecerían excluirse. De un lado, reclama un rigor racional, un cuidado de lo concreto y de lo práctico que invoca a Descartes y transporta el Discurso del Método al sentimiento religioso. De otro lado, repele obstinadamente las alianzas con la naturaleza insidiosa. Si se escucha a la naturaleza, piensa con el señor Vicente, la vida religiosa no será más que un desarrollo humano. No hay que caer en la trampa. La vida de Cristo se desarrolla en régimen de oposición y en una atmósfera de lucha. El espíritu de Dios que habita en el

hombre pide sin cesar y du batalla: el celo, la humildad, luego la sencillez y la prudencia, la mortificación son las armas de la panoplia espiritual.

Así pues, más que ningún otro, en unión con su amigo Francisco de Sales, Vicente el(Paúl da a la piedad de los suyos y sin duda a toda la piedad francesa, una marca característica. Aprieta los vínculos entre la ética y la religión. Piedad y devoción son a un mismo tiempo una expresión, una prueba y una prolongación de la experiencia moral.

6.- La devoción mariana

Plegándose a los principios de esta vida interior es como se ha desarrollado particularmente la devoción mariana dentro de la doble familia de san Vicente.

Estaba en la línea delos primeros sermones del Señor Depaul y asimismo en la del patronato mariano reclamado por la primera Caridad de 7617. Se desarrolló permaneciendo fiel al ritmo fundamental de la vida interior vicenciana. Se benefició sin duda del fervor mariano del siglo XIX, pero todavía más de las apariciones de 1830 a santa Catalina Labouré. Dos formas de culto mariano centradas en el Dogma de la Inmaculada Concepción, están hoy en plena prosperidad: la asociación de Hijas de María Inmaculada, la Novena de la Medalla Milagrosa.

La primera, la asociación de Hijas de María Inmaculada, cuenta actualmente 100.000 miembros que encuentran en la revista Les Rayons un precioso instrumento de cultura religiosa.

En cuanto a la práctica de la Novena de la Medalla Milagrosa, ha hecho de la Capilla de las Hijas de la Caridad, de 140, rue du Bac, el lugar de culto mas frecuentado de la capital. En Estados Unidos, esta práctica alcanza a 4 millones de fieles repartidos por 3.600 parroquias. La joven revista «La medalla milagrosa», lanzada por el P. J. Henrion cuenta no menos de 170.000 lectores.

Al invocar a la Madre de Dios y tomarla por patrona en las cosas de importancia, no puede sino in todo bien y redundar en la gloria del buen Jesús su Hijo.

LA LEYENDA Y LOS VALORES DEL CORAZON

No basta, para conocer al Señor Vicente, con clasificar sus estados de servicio ni con caracterizar su influencia religiosa. Para la memoria popular en la que se ha instalado, Vicente de Paúl es un «gran hombre». Más humano que Richelieu, menos taimado que Mazarino al que no se logra amar, Vicente es la sonrisa de la bondad simple y familiar.

Esta reputación de bondad es bastante merecida. La mejor prueba de ello serían tal vez, pues claro, los reproches de dureza que el Señor Vicente se dirigía a sí mismo. Solos los tiernos tienen estos escrúpulos. Suplicaba él a Dios imprimiese bien hondo en su corazón esta dilección, que sea, proseguía, la vida y el alma de más acciones. Vigilaba su exterior: Hace falta, decía, cierto atractivo y un rostro para no enfurecer a nadie. Soñaba y rogaba pensando en los que Dios tiene prevenidos con su gracia, a los que ha dado un trata cordial, dulce, amable por el que parecen ofrecer el corazón y pedir os el vuestro.

Para ser verídicos, el rostro y la biografía del Señor Vicente deben, pues, dejar adivinar la calidad de su ser, el amor que le impregnaba. Entre él y la humanidad, al cabo de centenares de años, es una historia de amor la que transcurre.

En su tiempo como hoy, podía ser desconocido. Podía también irritar, atraer el desprecio o el desdén. No parece que haya sido fríamente detestado u odiado. No tuvo de golpe todas las simpatías. Conoció la oposición, de la gente de Port-Koyal y de buen número de descontentos. Mezclado en los asuntos públicos, fue salpicado por la política. No podía

mientras vivía, atraer un afecto general e incondicionado. Los elogios y los agradecimientos oficiales que ascendían hacia él, lo percibimos a distancia, ocultaban una puntilla de interés que podía, en caso de decepción, revolverse y herir. Cuando los socorros y las limosnas bajaron, los buenos sentimientos pasaron al purgatorio y volvían a veces de él abrasados de cólera. Los insultos que asaltaron a Vicente durante las calamidades y la Fronda no eran tal vez de otra naturaleza.

La muerte de Vicente en 1660 hizo gemir a muchas personas. Abría también la era de las purificaciones y de las idealizaciones. Fluyen algunos años, antes de que Pitau, Van Scuppen, Lochon, Edelinck, provean de un apoyo imaginero al afecto de las multitudes.

En el siglo XVIII, se desarrolló una popularidad particularmente sentimental. Habiendo puesto Perrault al Señor Vicente entre los hombres ilustres (1700) que deben suscitar la admiración, la invitación estaba formulada. Las fiestas de la beatificación y de la canonización presentaron al Padre de los pobres como un modelo religioso y un patrón sobrenatural. Pero todas estas consagraciones oficiales se hubiesen quedado en letra muerta sin este ascenso general del fervor sensible. El carácter tan humano de la sensibilidad vicenciana no podía sino beneficiarse de él. La imagen de un Padre de la Patria, del amigo de los galeotes, del protector de los refugiados inflamó de sentimiento el fantasma del Señor Vicente. En una época en la que la fiebre contra el poder, los ricos, los tiranos era sabiamente orquestada, el Señor Vicente apareció más simpático que nunca.

Con suavidad también, se beneficio él de la neutralidad de sus retratos. Sin duda, no era un revolucionario, pero tampoco se pensaba que era un devoto y mucho menos un hombre encerrado en la Iglesia. Ciertos retratos le revestían de una sobrepelliz, pero otros le rodeaban de una pobre capa de invierno. Con él se sentía uno a gusto, en el calor protector de una buena compañía. La aproximación y la conversación eran fáciles: rápidamente. Vicente fue representado en un grupo (a partir de 1717). Su vocación de ir a todos tan ampliamente explotada. Se olvidó que había predicado, misionado, confesado. Las imágenes le representaron únicamente en conversación familiar o mejor, pasando a la posteridad en sus obras de caridad. En ningún cuadro está la Iglesia lejos. Se ve a menudo el campanario de una capilla en el horizonte, pero son los pobres quienes están en primer plano.

Algo separado de su contexto religioso, el personaje de Vicente gran hombre comenzó en el siglo XVIII una carrera que continúa hoy y que no está en su decadencia. Después de todo, esta imagen cuadra perfectamente a los que sufren y a los sencillos que no se cuidan de las ideas ni de los principios. La religiosidad vaga de un Voltaire, y, más tarde, la de los cultos revolucionarios, quedó satisfecho de ella. En compañía de Fénélon y de B. Franklin, Vicente fue consagrado como «gran bienhechor de la humanidad». Es lo que de él se había hecho, se había acabado el embalsamiento. Entre 1770 y 1800, los retratos de Vicente pierden su vitalidad. La blandura de los rasgos intenta traducir la bondad, pero no ofrece más que un ser anciano y estandarizado. La imagen idealizada se sustituye al retrato, el gran hombre nacional eclipsa al hombre de Dios.

Sobre estos frescos y títulos sonoros, el romanticismo religioso trabaja en todos los dominios, y apasionadamente. Rivalizaron escultores, grabadores, imagineros de Epinal. Historiadores poetas como Cappefigue (1827) compusieron el «conmover» diario de una Hija de la Caridad, que cotidianamente tomaba nota de las salidas nocturnas de san Vicente. Las colecciones de historias moralizadoras, bordaron en sentimientos sobre los grandes frescos caritativos. Para adaptarse a los niños y a las personas piadosas que

suspiraban por estas pastillas incendiarias, se reconstruyeron inocentemente los diálogos del Señor Vicente con los verdugos, los forzados, los pobres. Todos estos personajes se limitaban por lo demás a recaudar los sentimientos que no reclamaban fatiga alguna. La gloria de un niño expósito, D'Alembert, resaltó en este momento sobre todos los abandonados. Toda esta proliferación -y las páginas de ciertos manuales son todavía buenos rebrotes de ella- se desarrolla a partir de tres grandes obras que se habían convertido en las tres expresiones del Señor Vicente: los Niños Expósitos, los Galeotes, los socorros a los indigentes y a las víctimas de la guerra. Todo cuanto fuera de eso había hecho fue concienzudamente olvidado. Los tres grandes gestos merecían un reconocimiento y una celebración, tuvieron un festival de imágenes, de palabras y de buenos sentimientos.

No abría la pantalla, en 1947, sobre otro espectáculo el film de Maurice Cloche. Pierre Fresnay dio al Señor Vicente una mirada de fuego y una voz que cantaba. Iba escoltado por sus huestes legendarias: los Niños Expósitos, los Galeotes, los refugiados. No era posible la duda: era por cierto el Señor Vicente, el Señor Vicente era por cierto aquel. Por lo demás hablaba correctamente la lengua de Jean Anouilh.

Ingenuamente, los historiadores dieron voces de protesta. Los mejores y los mejor informados no tenían sin embargo razón. El Vicente de la historia era aun así responsable del Vicente de Paúl de la leyenda. ¿Qué quedaría, sin este último, después de tres siglos, en la memoria y en la imaginación de millones de seres? Torpemente, este ser legendario representa lo que se ha adquirido cotidianamente amando, pensando y tul vez rezando al Señor Vicente. El encarna y protege valores imperecederos pero deteriorables: los del Corazón. El Vicente de la leyenda es pues también el Señor Vicente, pues este último no es solamente lo que fue entre 1581 y 1660, sino también lo que nos invita a ser y a llegar a ser.

ADIOS

«Cambió casi la faz de la Iglesia», declaraba solemnemente Mons. Henri Maupas du Tour, el 23 de noviembre de 1660, en el primer elogio fúnebre de Messire Vincent de Paul. ¿Qué sería este rostro de la Iglesia sin la vida y la acción del Señor Vicente? Nadie lo sabe y el que quiere imaginarlo se pierde en ensueños.

¡Qué importa! El señor Vicente existió. Hasta estamos seguros de que erró completamente su «honroso retiro». Pero estamos ciertos de que al atardecer de su servicio terrestre, se retiró humildemente al fondo de la conciencia humana.

De tiempo en tiempo, suavemente, se despierta. Viene humildemente hacia nosotros. No nos lanza reproche alguno, no nos dirige ningún sermón. Es, con toda sencillez, un pobre de Dios. Para que podamos aún creer que “el hombre sobrepasa infinitamente al hombre», mendiga nuestro amor.